SINESIO DELGADO

SANSÓN Y DALILA

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL

Estrenada
en el teatro Principal de San Sebastián por la compañía
del teatro Lara, el 1.º de Septiembre de 1910.



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1910

4

SANSÓN Y DALILA

A su amigo Manuel [illegible]:

Sinesio

SANSÓN Y DALILA

SANSON Y DALILA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Estrenada
en el teatro Principal de San Sebastián por la compañía
del teatro Lara, el 1.º de Septiembre de 1910.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Concha.................	Srta. Pino (J).
Soledad................	» Pardo.
Doña Martina..........	» Alba.
Lorenza...............	» Seco.
Federico..............	Sr. Puga.
Antonio...............	» Manrique.
Don Rufino............	» Simó-Raso.
Don Pablo.............	» Romea. Sr. Beltran
Eustaquio.............	» Pérez Indarte.

La acción en un pueblo de Castilla.
Epoca actual. Verano.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.



ACTO PRIMERO

Sala de espera en una estación de ferrocarril. Al foro puerta grande con cristales en su parte superior y que da al campo. A la derecha otra igual que da al andén. A la izquierda, en primer término, puerta pequeña que conduce á las habitaciones del jefe; en segundo término, ventanilla del despacho de billetes Bancos de madera junto á las paredes, y en éstas cartelones de anuncios de la Compañía. Es de día.

ESCENA I

DON PABLO, de pie junto á la puerta de la derecha mirando hacia el andén. SOLEDAD, sentada en un banco adosado á la pared del fondo. Al alzarse el telón se oyen dentro y sucesivamente, la campanilla, el silbato del jefe y el pito de la máquina. Pausa.

PAB. Aquí viene bien lo del inglés del cuento. Primero suena una campana, en seguida tocan un pito, después se oye una bocina, luego silba la locomotora, y luego... no sale el tren. ¡Cosas de España!

SOL. Ya saldrá; no se apure usted, tío.

PAB. No, si no me apuro. Por mí se puede estar aquí hasta el mes que viene.

SOL. Será que estará tomando agua la máquina.

PAB. Una de dos: ó que está tomando agua la má-

quina, ó que está tomando vino el maquinista.

(Óyese dentro el ruido del tren, que empieza á marchar, y que se prolonga bastante tiempo, como si el convoy fuera muy largo.)

SOL. ¿Ve usted? Ya se marcha.

PAB. Y eso es lo gracioso. Cuando no se lo figuraba nadie.

«La máquina un incendio vomitando;
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.»

SOL. Déjese usted ahora de versos, que se pone usted más pesado algunas veces...

PAB. ¿Y qué se le ha de hacer, hija? Yo estoy entusiasmado con Campoamor... como tú estás entusiasmada con Antoñito. Cada edad tiene sus clásicos.

SOL. ¿Yo con Antoñito? ¿Con qué Antoñito?

PAB. ¿Cuál ha de ser? El menor de los sobrinos de doña Rosalía..

SOL. ¿El menor de los...?

PAB. Sí, hija, sí; el que se marcha esta tarde á Madrid á probar fortuna para volver sabe Dios cuándo, ó para no volver jamás, que es lo que á ti te desazona.

SOL. Pero, tío, ¡por Dios! ¡si ese sobrino de doña Rosalía no me ha dicho en su vida una palabra!

PAB. ¡Cómo! pero ¿es que va á resultar que no habéis hablado nunca?

SOL. Hablar, sí, ¡anda! hemos hablado muchas veces, pero no de lo que usté piensa.

PAB. Bueno; puede que el chico no se haya insinuado, pero estoy seguro de que tú has adivinado lo que él hubiera querido decirte.

SOL. Eso ya es otra cosa; pero usté, ¿cómo lo sabe?

PAB. «Para un viejo una niña siempre tiene
el pecho de cristal.»

SOL. Y dale con los versos.

PAB. Vamos á ver: ¿dónde vamos ahora?

SOL. ¿Qué tiene que ver eso?..

PAB. Tú contesta. ¿Dónde vamos?

Sol. Á la posesión de las chicas del señor Telesforo.

Pab. ¿Por qué?

Sol. Porque hace una semana que me están diciendo: Soledad, que no dejes de ir una tarde, que está la huerta que da gusto y hay unas cerezas muy gordas y unos albaricoques muy dulces.

Pab. Sí; y hay que pasar por la estación sin remedio.

Sol. ¿Qué quiere usted decir?

Pab. Nada; que al cabo de una semana, es hoy cuando se te ocurre ir á probar los albaricoques y las cerezas.

Sol. Algún día tenía que ser.

Pab. ¡Claro! el día en que se va á Madrid Antoñito. ¡Qué casualidad! ¿eh?

Sol. Verdaderamente.

Pab. Como ha sido otra casualidad, que, al pasar por la estación, hayas sentido de pronto una sed rabiosa y no hayamos tenido otro remedio que entrar á pedir á cualquiera un vaso de agua.

Sol. ¡Ah! Pero, ¿es que no cree usted que tengo sed? ¡Pues me estoy muriendo!

Pab. Sí lo creo, hija; ¡no lo he de creer! Lo que hay es que con la impaciencia no has medido bien el tiempo, y como el tren debe tardar más de media hora, Antoñito no ha llegado todavía. ¿Eh? ¡Buena la hemos hecho! Porque en cuanto venga el mozo y nos dé el agua, no te vas á poder estar bebiendo un cuarto de hora, por mucha sed que tengas.

Sol. ¡Qué cosas dice usted! ¡Claro que no!

Pab. Y entonces, ¿qué pretexto me vas á poner para que no sigamos adelante?

Sol. Ninguno, puesto que usted me ha adivinado las intenciones.

Pab. Pero el mozo, y el jefe, y la señora del jefe, que á lo mejor sale por aquí á dar una vuelta, no conviene que te las adivinen. Por consiguiente, en cuanto te bebas el vaso salimos picando para la huerta.

SOL. ¡Qué lástima! Y no vamos á ver salir el tren..

PAB. Puede que eso fuera lo mejor para ahorrarte un disgusto. Pero descuida, que estaremos de vuelta en el momento preciso. Demasiado sabemos tú y yo que á estas horas no están en la posesión las chicas de don Telesforo.

SOL. ¡Qué bueno es usted, tío!

PAB. Ni bueno ni malo. ¡La experiencia, Soledad, la pícara experiencia! ¿Qué hubiera yo adelantado con que supieras que estaba al cabo de la calle y con oponerme á estos escarceos inocentes? Nada; que tú hubieras inventado alguna triquiñuela para venir solita á probar los albaricoques. Y estando yo delante, aunque sea haciéndome el desentendido, es más difícil que te hagan daño.

SOL. ¡No, no! Si usted no hubiera querido venir yo no hubiera inventado nada.

PAB. ¡Quién sabe, quién sabe! Es la última entrevista. Tú esperas que en ella se decida Antoñito jurándote volver en cuanto adquiera una posición, y ¡qué demonio!, te había de costar mucho trabajo renunciar á esas ilusiones. Ya las perderás tú, sin que yo te las quite, cuando te convenzas de que no vuelve.

SOL. ¡Ah! ¿Pero usted cree?..

PAB. Nada; no creo nada. Pero entretanto, para evitar que hagas alguna tontería, lo mejor es no llevarte la contraria. Dejar hacer, dejar pasar...

«¡Feliz quien, como un canto del camino,
se deja ir y venir por el destino!»

SOL. ¡Vaya! Otra vez los versos...

ESCENA II

DICHOS y EUSTAQUIO

EUST. (Saliendo por la derecha.) Dispense usté, don Pablo; pero ya ha visto usté el encarguito que me ha dejao el mercancías.

PAB. Sí que ha sido buena ración.

EUST. ¿Que si ha sido? En siete años que llevo de servicio, no se ha descargao en esta estación otro tanto de equipaje.

PAB. ¿Y de quién es todo eso?

EUST. Pues á la cuenta, es de esa señora de Madrí, que ha heredao ó la han regalao la finca de Valdecañizos, y que ha venido ya dos ó tres veces á preguntar si habían llegao los bultos. El vaso de agua, ¿es para aquí, para la señorita Soledad?

PAB. Sí; para aquí es.

EUST. Lo digo, porque si fuera para usté, le traería el botijo, que la hace más fresca.

SOL. No, no; traiga usted el vaso.

EUST. Vuelvo en seguida. (Vase por la izquierda.)

PAB. Pues ¿sabes que tiene razón el mozo? Esa señora de Madrid se ha traído la casa. Lo menos hay diez y siete cosas: baules, maletas, cestos... ¡qué se yo!; y además una porción de cajas grandes como ruedas de carro.

SOL. Los sombreros. Esos son los sombreros.

PAB. Y ¿para qué querrá tantos? ¿Se quedará á vivir aquí con nosotros?

SOL. Con nosotros, no; pero aquí si es fácil que se quede. Digo, eso mejor lo sabrá usted que yo, tío.

PAB. ¿Yo? ¿Por qué?

SOL. Porque desde que ella ha venido pasa usted por su calle ocho veces al día.

PAB. ¿Ocho veces? ¿Dices que ocho veces? ¡Habrá sido una casualidad!

SOL. Claro, una casualidad, como la de ocurrírseme á mí venir á ver pasar el correo esta tarde.

PAB. Vamos, vamos, chiquilla, no digas desatinos.

SOL. Lo que siento es no saber yo unos versos de Campoamor que vinieran al caso.

(Vuelve á salir Eustaquio con el vaso de agua.)

EUST. Aquí está el agua. Dice el jefe que por qué no han pasao ustés en lugar de estarme esperando.

PAB. Por no molestarle; no valía la pena. Y á lo mejor está en sus ocupaciones.

SOL. (Al tomar el vaso que Eustaquio le presenta.) ¿Está fresca?

EUST. (Retirándolo.) Pues mire usté que no me he enterao. (Bebe un sorbo.) Regular, regular. (Entrega el vaso á Soledad, que se queda sin saber qué hacer.) Y dispensen ustés que no haya traído plato; pero como somos de confianza...

PAB. Ya, sí; de mucha confianza.

EUST. Pero ¿no bebe usté?

SOL. Sí, sí; ahora. Es que.. ¿sabe usted? Antes de beber agua... tengo costumbre de rezar un padrenuestro.

PAB. Si usted tiene que hacer, nosotros devolveremos el vaso.

EUST. Bueno, pues, con licencia, voy á ver si tomo un bocadillo en el tiempo que me queda. Dispensen ustés que no les haga compañía, pero como aquí está uno para todo...

PAB. Sí, váyase, váyase.

EUST. Quedar con Dios. (Medio mutis.) ¡Ah! que si ustés gustan...

PAB. Muchísimas gracias.

EUST. Que se ofrece de buena voluntad.

PAB. ¡Dale, hombre! Que muchas gracias.

EUST. Pues ustés se lo pierden.

(Vase por el foro. En cuanto desaparece, Soledad deja el vaso de agua intacto sobre el banco de la izquierda.)

SOL. Pero ¿ha visto usted, tío?

PAB ¡Ya, ya! Mira que si lo de la sed hubiera sido de veras...; y puedes dar gracias á Dios de que no se le ha ocurrido probar la temperatura con el dedo.

ESCENA III

DICHOS, DON RUFINO. Al final, CONCHA

RUF. (Saliendo rápidamente por la puerta del foro, examinando el local y asomándose á reconocer el andén por la puerta de la derecha.) Buenas tardes, don Pablo. ¿Hola, mocita!

PAB. (¿Qué traerá por aquí este torbellino ahora?)

RUF. (Que ha cruzado la escena para asomarse á la puerta de la izquierda y hablando con una persona que se supone dentro.) No; no entro, muchas gracias. Es que iba á ver... No, muchas gracias. (Volviendo hacia la escena.) Pues... no ha venido.

PAB. ¿Quién? (Soledad se sienta tranquilamente en el banco del foro.)

RUF. La... digo, ¡qué bruto! el... el exprés!

PAB. ¡Caramba! ¿y pensaba usted que el exprés estuviera escondido en el cuarto del jefe?

RUF. ¡Si es que no sé lo que me digo ni lo que me hago! Estoy como una bomba. (Viendo el vaso de agua sobre el banco.) Hombre, ¡cuánto me alegro! A ver si está fresca.

PAB. Está regular, regular.

RUF. (Después de beber.) Menos que regular. Es un puro caldo.

PAB. Pero, vamos á ver, don Rufino, si se puede saber: ¿para qué viene usted á buscar al exprés, sabiendo que por esta estación pasa como un rayo?

RUF. Por eso; porque pasa como un rayo.

PAB. ¡Ah, vamos! y tiene usté el capricho de tomarlo al vuelo.

RUF. No, señor; el capricho que tengo es de que me tome él á mí.

PAB. ¿Eh? ¿cómo?

RUF. Que me atropelle, que me destroce, que me descuartice. ¡Para eso le espero!

PAB. ¿Sí? Pues ¡qué lástima, hombre! Si llega usté cinco minutos antes, encuentra usted aquí al mercancías, que le hubiera hecho el mismo servicio.

RUF. ¡No me gaste usted bromas, don Pablo, que la cosa es muy seria! Ya había yo pensado en el mercancías, pero no me gusta.

PAB. ¿Por qué?

RUF. Porque va muy despacio y lleva muchos vagones. Y, la verdad, ante la idea de que estén pasando media hora sobre el cuerpo de uno ruedas y más ruedas... se me ponen los pelos de punta.

PAB. Sí que debe ser muy desagradable.

RUF. En cambio el otro... ¡da gusto! Le ve usted venir allá lejos, se tiende usted sobre la vía, y cuando quiere usted recordar, ¡zas!, ya está usted hecho polvo, y tú que le viste.

PAB. No; yo no, porque no pienso tenderme en ninguna parte. Pero, hablemos en serio, don Rufino, ¿qué mosca le ha picado á usted hoy, que está usted tan desesperado?

RUF. ¿Qué mosca ha de ser, hombre de Dios? ¡La mosca de siempre! La que me está picando sin parar hace veinticinco años y tres semanas.

PAB. Pues, señor, si usted no se explica.

RUF. Y aunque me explique, usted no me ha de entender. Usted es feliz, usted es viudo, usted no tiene á su lado más que esta sobrina, que es un ángel.

SOL. Gracias, don Rufino.

RUF. Sí, señora; ¡un ángel! y no retiro la palabra. Usted, en cuanto acaba de tomar la lección á los chicos, cierra la escuela y se va donde le da la gana sin que nadie le pida cuentas, mientras que yo... ¡yo no puedo encender un cigarrillo sin que me avisen dónde tengo que tirar la colilla!

PAB. ¡Basta, mi amigo; está usted ofendiendo á doña Martina, que es otro ángel!

RUF. ¡Don Pablo!

PAB. Sí, señor; ¡otro ángel! y tampoco retiro la palabra. Lo que hay es que usted se queja de minucias inevitables en la vida matrimonial, por aquello de:

«No es raro en una almohada ver dos [frentes
que maduran dos planes diferentes.»

RUF. ¡Hombre! Déjeme usted á mí de coplas. ¿Sabe usted por lo que le ha dado á mi dulce compañera?

PAB. Por llevarle á usted á misa los domingos.

RUF. No, señor; ¡por estar celosa! (Soledad no se puede contener y suelta una carcajada.)

PAB. ¿De qué te ríes, niña?

RUF. ¿De qué se ha de reir? De lo ridículo del caso. ¡Mire usted que tener celos á su edad... y á la mía!

SOL. No, si no me río de eso.

RUF. Pues, ¿de qué, entonces?

SOL De que sé por qué está enfadada doña Martina.

PAB. (A Rufino.) ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo no conviene precipitarse? (A Soledad.) Díselo, díselo para confundirle. ¿Por qué está enfadada?

SOL. Porque aquí don Rufino pasa diez veces al día por donde usted pasa ocho.

RUF ¿Que usted pasa?... ¿Que yo?... Pero ¿por dónde paso yo diez veces y qué demonios dice esta muchacha?

PAB. Nada, don Rufino; que por lo visto nuestros dos ángeles están de broma. Con que si usted se queda esperando al exprés, nosotros nos vamos. Que Dios le acoja á usted en su santa gloria y... hasta que nos veamos allá arriba.

RUF. No se burle usted, que estoy que enciendo. ¿Dónde van ustedes?

PAB Aquí, á la huerta de Telesforo. Las chicas han invitado á ésta.

SOL. Pero tio, ¿tan tarde?

PAB. Sí, hija, sí; no hay más remedio. (Aparte á ella.) No vaya á creer el otro que le estábamos esperando.

RUF. Pues les acompaño á ustedes hasta el recodo. Precisamente por allí tiene que venir.

PAB. ¿Quién?

RUF. El tren. Desde el recodo se le ve divinamente cuando sale de la Cascajera.

PAB. (Aparte.) Pero... oiga usted, don Rufino, ¿es verdad que todos los días pasa usted diez veces por?...

RUF. No, señor.

PAB. ¡Ya decía yo que no le había encontrado nunca!

RUF. Paso más. ¡Paso todas las veces que puedo! Porque, amigo, hay que confesar que la dichosa forastera es de las que le vuelven á uno á la más tierna infancia.

PAB. ¿Que si vuelve? ¡No me lo diga usted! A este paso son los chicos los que van á tener que enseñarme á mí el alfabeto.

SOL. Pero, tío, ¿vamos ó no?

PAB. Sí, hija, sí; vamos. (Dirígense los tres hacia el foro, en el preciso momento en que aparece Concha abriendo la puerta. Todos quedan estáticos.)

CONC. Buenas tardes.

TODOS. Muy buenas.

CONC. Perdón si paso por en medio. (Cruza la escena dirigiéndose á la puerta de la derecha entre don Pablo y don Rufino, que la contemplan embobados.) Gracias.

RUF. (Cuando Concha está á punto de desaparecer.) Usté pasa por...

CONC. (Volviéndose rápidamente.) ¿Eh? ¿Decía usted?

RUF. (Atortolado.) No, nada; no decía nada.

CONC. Se me figuró entonces... (Saluda de nuevo con una inclinación de cabeza y vase al andén.)

RUF. ¡Lo de siempre! Me paso las horas muertas haciendo coraje, y en cuanto llega la ocasión se me atasca el piropo.

PAB. (Aparte á él.) ¡Ah, pillo! Este era el exprés que usted esperaba.

RUF. Y que no me negará usted que es de primera, con vagón restaurant y todo.

SOL. Bueno; pero, ¿vienen ustedes ó me voy yo sola?.

PAB. Sí, sí; vamos andando. (Medio mutis todos por el foro.)

RUF. Pero oigan ustedes, yo creo que debíamos salir por esta puerta. (La del andén.)

SOL. ¿Por esa? ¿para dar un rodeo?

RUF. ¡Qué rodeo! Si por el andén se acorta mucho.

PAB. Tiene razón don Rufino; por el andén se acorta bastante.

SOL. Bueno, vamos por donde ustedes quieran. Y á todo esto, ¿á qué habrá venido aquí esa señora?

PAB. A ver si ha llegado su equipaje, de seguro. Anda, anda delante.

SOL. (Yéndose.) ¡Qué lástima! Cuando está al caer Antoñito.

RUF. Ya comprenderá usted que yo no llego al recodo.

PAB. Puede que yo tampoco llegue, porque ésta tiene mucho interés en volver en seguida. (Vanse. Simultáneamente salen Federico y Antonio por el foro, con maletas.)

ESCENA IV

FEDERICO y ANTONIO

FED. ¿Lo ves? Llegamos con demasiada anticipación. Todavía no han abierto la ventanilla.

ANT. De eso no te fíes. Como aquí se despacha un billete cada mes y medio, puede que hoy no la abran.

FED. No digas tonterías. Lo que hay es que faltan veinte minutos.

ANT. Mejor; así no perdemos el tren. Y aunque no fuera más que por acabar con el mosconeo de las despedidas, hubiera yo salido del pueblo dos horas antes.

FED. ¿Tantas ganas tienes de dejarlo?

ANT. Sí; muchas. Aquí me ahogaba. ¡Deseando estaba que liquidáramos nuestra herencia para volar lo más lejos posible! ¿Es que tú no lo deseabas también?

FED. Más que tú, puesto que tú vas á la ventura

y yo estoy seguro de triunfar en cuanto me lance á la pelea. Pero por eso mismo, porque me da el corazón que no volveremos más, es por lo que siento pena y temor en este momento en que se decide nuestra vida.

ANT. ¿Qué no volveremos? Yo pienso volver, y pronto. No renuncio al placer de que me vean santo de talla los que me conocieron ciruelo. ¡Pues poco gusto que me dará pasar en automóvil por la plaza mientras los paletos se dicen unos á otros en el pórtico de la iglesia: «¿Sabéis quién es ése?—El ministro de tal ó cual cosa.—Sí, pero además de ministro es Antoñito, el sobrino de doña Rosalía.»

FED. Pues no has corrido tú poco antes de salir el tren.

ANT. ¡Toma! Es que, en cuanto empecemos á andar, no me conformo con menos que con la Presidencia del Consejo.

FED. Vaya, veo que eres menos ambicioso de lo que yo creía.

ANT. ¡Ah! ¿Te parece que eso es poco?

FED. Me parece que eso no es nada. ¡Valiente premio para un derroche de energía! Un uniforme con unos entorchados y unas cuantas cruces que puedes adjudicarte tú mismo. Por tan poca cosa no abandonaría yo estas casitas de adobes.

ANT. Pues... ¡tú dirás!

FED. Claro que alcanzarás una cartera si te lo propones, y te llamarán Excelencia, y hasta discutirán unos planes que no tienes, pero y luego, ¿qué? La lista de los ministros es infinita; todos los españoles lo han sido ó están en camino de serlo, y por consiguiente le pasa al cargo lo que á la cruz de Alfonso XII, que por lo mismo que todo el mundo la tiene ya no tiene gracia. Vamos á ver, ¿á que no sabes cómo se llaman todos los señores que forman ahora el Ministerio?

ANT. Hombre... así, de repente...

FED. ¿Ves? ¡Y eso que lo estás leyendo todos los

días! En cambio mi nombre, si venzo, no habrá cuidado de que se le olvide al que le oiga una vez siquiera, porque la poltrona que yo ambiciono es de las que no se abandonan nunca.

ANT. ¡Adiós! ya salió la comedia.

FED. Sí; la comedia, los versos... un montón de cuartillas que va á salir de esa maleta de estudiante para esparcir mi fama á los cuatro vientos. Llegar, leer, vencer... ó volverme en seguida á destripar terrones. De modo, que mi carrera ha de ser más rápida que la tuya si no me estrello al primer envite. Pero no; tengo fe en lo que he hecho y en lo que puedo hacer, y milagro será que no gane inmediatamente la batalla. Con que ya lo sabes, á la conquista de Madrid vamos los dos, pero tú sales de este pueblo para ir á otro más grande y yo salgo para ir á la gloria. Y esa es la diferencia. Y antes voy á ver si ha llegado el Tuerto con los baules. (Al abrir la puerta del foro para marcharse, aparece en ella doña Martina.)

ANT. ¡Pobre Federico! ¡Está loco!

MART. Gracias, Federiquito.

FED. No hay de qué, doña Martina; es que salía yo al mismo tiempo.

ESCENA V

ANTONIO. DOÑA MARTINA

MART. ¡Calle!, ¡si está aquí también Antoñito! Esto quiere decir que por fin se marchan ustedes. ¡Hijo, ya era hora!

ANT. ¿Es que la estorbamos á usted, doña Martina?

MART. A mí, no. A mí no me estorba más que una persona en el mundo, y esa no se marcha por más que se lo pido á Dios en mis cortas oraciones. Dispense usted que me siente, hijo, que vengo reventada.

ANT. Es usted muy dueña.

MART. Ya lo sé. Pues sí; no es que á mí me importe un rábano que ustedes se vayan ó se queden; pero hace un mes que no oigo hablar de otra cosa: que los sobrinos de doña Rosalía han vendido las tierras; que se están deshaciendo de los muebles; que se marchan á Madrid á campar por sus respetos; que hacen lo que deben; que eso es un disparate; que son listos; que son unos zoquetes..., en fin, que la verdad, tenía ya unos sobrinos de doña Rosalía en la boca del estómago.

ANT. Muchísimas gracias.

MART. No hay de qué darlas, hijo.

ANT. ¿Y para convencerse de que nos vamos es por lo que viene usted á la estación á estas horas?

MART. Antoñito, usted se ha vuelto loco. ¿No le acabo de decir que me importan ustedes un rábano?

ANT. Pues entonces, ¿por qué se ha dado usted la caminata?

MART. Por lo que á usted tampoco le importa. Y á propósito: ¿no ha parecido todavía por aquí mi marido?

ANT. Que yo sepa, no, señora. Pero á despedirnos no vendrá, porque le hemos suplicado, como á todos los amigos, que no se moleste.

MART. Pues vendrá, ya lo verá usted.

ANT. ¿Está usted segura?

MART. Tan segura que le espero para llevármele cogido de una oreja.

ANT. ¿Porque se empeña en venir á despedirnos?

MART. No se haga usted ilusiones. Porque él se habrá enterado, como yo, de que doña Conchita dará por aquí una vuelta esta tarde, y querrá aprovechar la ocasión para hacer el ganso.

ANT. ¡Pícaro don Rufino! Conque ¿esas tenemos?

MART. Esas quiere él tener; pero como si cantara.

ANT. Y á todo esto, ¿quién es doña Conchita?

MART. ¿No la conoce usted? Pues, hijo, parece

mentira, porque es la reina del pueblo desde el miércoles.

Ant. ¿La reina nada menos?

Mart. Sí, señor; sí. Desde que ella llegó, las demás mujeres... como si no hubiéramos nacido. Porque todos los hombres, particularmente los de cincuenta para arriba, han perdido la chaveta y andan por ahí haciendo chiquilladas. ¡Excuso decirle á usted cómo estará el mío, que siempre ha necesitado serreta!

Ant. Pues casi siento marcharme sin conocer á la dama.

Mart. No pierde usted gran cosa; porque de esas las encontrará usted en Madrid á patadas, y Dios le libre de caer entre sus uñas.

Ant. ¡Ah! Pero ¿es de?...

Mart. Sí, señor; es de... lo que usted piensa y un poquito más. Aquí ya lo sabemos todo. ¿Usté habrá oído hablar de la finca de Valdecañizos?

Ant. Ya lo creo; como que es de las mejores de la provincia. Tiene dehesas, pinares, tierras de labor...

Mart. Pues al zángano del dueño, que reventó en Madrid el mes pasado, se le antojó dejársela en el testamento á doña Concha, que ya se había comido antes unas cuantas fortunas de otros tantos majaderos como el difunto.

Ant. ¡Qué hermosa dentadura!

Mart. Como usted comprende, los cuatro majuelos de nuestra hacienda no la sirven á ella ni para enjuagarse la boca, pero es muy capaz de tener ese capricho...

Ant. ¡Doña Martina, los celos la hacen á usted ver visiones!

Mart. ¿Celos yo? ¡Qué más quisiera ese carcamal! Los majuelos, hijo, los majuelos. Conque... voy á entrar un momento á saludar á la jefa. Si viene Rufinito, que sí vendrá, hágame usted el favor de no decirle que estoy á la espera.

Ant. Descuide usted, que no le diré nada.

Mart. ¿Palabra de honor?

ANT. Palabra. Y á la señora de Madrid, ¿la digo algo?

MART. ¿A doña Conchita? ¡Menos! Por supuesto, que ni es señora, ni será de Madrid, ni probablemente se llamará Conchita. Esas, á lo mejor, se llaman Remigias ó Venancias. (Vase por la izquierda.)

ANT. Ahora pega la hebra ahí dentro, vuelve á contar la historia del marido, y el jefe no se acuerda de abrir la ventanilla. Todo esto para en que no nos queda tiempo para facturar los baúles. (Mirando hacia el andén.) Hombre, aquí está el de la serreta. (Sale don Rufino por la derecha.)

ESCENA VI

ANTONIO.—DON RUFINO

RUF. ¡Caramba! ¡Antoñito!

ANT. ¡Don Rufino! ¿Usted por aquí?

RUF. Sí, hombre, sí; á despedíros; ¡no faltaba más! (¿Dónde se habrá metido esa señora?)

ANT. ¿Conque á despedirnos? Y ¿por qué se ha molestado usted?

RUF. ¡Si no es molestia, Antoñito! A mí un paseo á estas horas me sienta maravillosamente. (Nada, que no la veo por ninguna parte.)

ANT. ¿A quién busca usted con la mirada?

RUF. A Federico. ¿No ha venido todavía?

ANT. Sí; hemos venido juntos. Por ahí anda.

RUF. ¿Por ahí? (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

ANT. Pero no se canse usted, que ya vendrá él solo.

RUF. (Volviendo al proscenio.) Tiene usté razón. Con que... ¡á Madrid! ¡A luchar por la vida!

ANT. No hay otro remedio.

RUF. ¿Y qué? ¿Hay ánimos? ¿Hay ilusiones?

ANT. Demasiadas.

RUF. A Federico ya le he oído hablar muchas ve-

ces. Va resuelto á arrollar todos los obstáculos y á llegar á la inmortalidad en un abrir y cerrar de ojos. Y llegará; llegarán ustedes. Tienen condiciones, tienen talento, tienen bríos.

ANT. Muchísimas gracias.

RUF. ¡Qué demonio! No serían ustedes los primeros hermanos que se han hecho célebres á un tiempo.

ANT. Ya lo creo que no. En la política y en las artes ha habido muchos. Los Argensolas, los Moratines, los Silvelas, los Madrazos, los Quinteros...

RUF. Y los Calderones.

ANT. Hombre, no; Calderón célebre no habido más que uno.

RUF. Dos, Antoñito, dos hermanos. Lo he leído cien veces en los periódicos.

ANT. ¡Ah, sí! En las revistas de toros. Pero esos eran picadores.

RUF. ¿Y qué? ¿No es ese un arte como otro cualquiera?

ANT. Mire usted, don Rufino, estamos perdiendo el tiempo lastimosamente. Usted no sabe de qué hablar ni yo tampoco. Si usted me dice de verdad á lo que ha venido aquí, yo le descubriré antes de marcharme un secreto que le interesa mucho.

RUF. ¡Caracoles! Me alarma usted.

ANT. Con que hablemos francamente. ¿Usted ha venido á despedirnos?

RUF. Pues... francamente, no, señor. He venido por ver á una señora.

ANT. ¿A la de usted?

RUF. ¿Se quiere usted callar? ¡Dios me libre!

ANT. ¡Chist!

RUF. ¿Qué pasa?

ANT. Esa señora que viene usted á buscar, ¿se llama doña Concha?

RUF. Justo; doña Concha. ¡Ay, Antoñito! Es un cromo. ¡Me tiene más loco que una gavia!

ANT. Bueno; pues ahora, oiga usted el secreto. Tiene usted ahí á doña Martina.

RUF. ¡Caramba! ¿Dónde?

ANT. En el cuarto del jefe.

RUF. ¡Y me ha entretenido usted, exponiéndome á caer en la ratonera!

ANT. Usted ha tenido la culpa por venir con embustes.

RUF. Nada, pues... feliz viaje y que consigan ustedes lo que... (Mirando hacia el andén.) ¡Canastos! Ya no me voy aunque me tuesten. Usted me ayudará si me veo en un compromiso.

ANT. Verdaderamente la hembra es de empuje.

ESCENA VIII

DICHOS. CONCHA que sale por la derecha.

CONC. ¡Jesús! ¡Qué desesperación! ¡Ah! perdonen ustedes.

ANT. ¿La ocurre algo, señora? Y perdone usted la indiscreción.

CONC. Nada; que en estas estaciones de tercer orden no encuentra una con quien entenderse.

RUF. Sí; eso pasa.

CONC. He estado revisando mi equipaje, y resulta que me falta un baúl... Ya; ya sé que no se habrá perdido, que habrá seguido en el tren y que me lo devolverán más tarde ó más temprano; pero siempre es un trastorno.

RUF. Un trastorno, sí, señora. (No se me ocurre nada.)

CONC. Por eso voy á importunar al jefe, para que telegrafíe en seguida y no me lo lleven muy lejos. (Avanzando hacia la puerta de la izquierda.) Con permiso.

RUF. (Plantándose resueltamente delante para detenerla.) Dispense usted, señora; pero una mujer tan... vamos, tan como usted no debe tomarse la menor molestia estando aquí nosotros; estando aquí yo, particularmente.

CONC. Gracias, pero no vale la pena; ya ve usted, es cuestión de dos minutos.

RUF. ¡No importa! Ni dos minutos, ni medio, ni nada. Ahora mismo entro yo á que pongan el despacho. (Lo va á hacer como lo dice, pero Antonio le para en seco.)

ANT. (¡Desgraciado! ¡que está ahí doña Martina!)

RUF (¡Rayos! ¡no me acordaba!) O si no, es mejor otra cosa: esto de la recogida de equipajes es siempre un engorro, sobre todo para las mujeres. Lo mejor es que se vaya á su casa tranquilamente; yo pasaré por allí á recoger el talón... si no quiere usted tomarse la incomodidad de dármelo ahora, y... no se preocupe de nada más. Yo me encargo de todo, incluso del bulto que la falta, (Durante el diálogo, Antonio se aparta y se hace el distraído leyendo los carteles.)

CONC. ¡Jesús! De ninguna manera. Yo le agradezco mucho la atención, pero...

RUF. No tiene usted que agradecerme nada. ¡Al contrario! En estos pueblos, si no nos ocupamos de los asuntos del prójimo nos aburrimos soberanamente.

CONC. ¡Ah! si es por distracción...

RUF. Sí; ¡por... claro! (Pues me ha salido por la culata la galantería.)

CONC. Por lo que se ve somos convecinos. ¡Ya decía yo que me parecía haberle visto algunas veces!

RUF. Por lo menos yo he hecho lo posible para que usté se fijara.

CONC. Pues lo ha conseguido usté nada más que á medias, porque no estaba muy segura.

RUF. Entonces .. creo que ha llegado la ocasión de presentarme: Rufino Rebolledo, propietario y admirador de las mujeres hermosas.

CONC. Gracias en nombre de ellas ¿Y aquel joven, es hijo de usted?

RUF. No, señora. Es Antoñito Gallardo, una esperanza de este pueblo, que sale para Madrid dentro de diez minutos.

CONC. ¡Ah! ¿Va usted á Madrid?

ANT. Sí, señora.

CONC. ¿Por mucho tiempo?

ANT. Acaso por toda la vida.

CONC. ¡Qué lástima!

ANT. ¿Por qué, señora?

CONC. Porque yo he venido aquí á buscar la paz; pero como no conozco ni trato á nadie, la paz acabará por resultarme abrumadora. Y ahora que podía empezar á cultivar amistades...

ANT. Me honra usté demasiado. Pero siempre quedará el amigo Rebolledo.

RUF. Es claro, y yo no me iría... aunque tuviera que irme. (Pues también á ése le ha salido redonda.)

ANT. Si usted me necesita para algo en la corte de las Españas, tendré mucho gusto en cumplir sus órdenes. (Aparece doña Martina en la puerta de la izquierda.)

CONC. Muchas gracias. He salido de allí hace pocos días y no he traído más que penas.

RUF. ¿Penas? ¿Usted penas? Antoñito, en cuanto llegue usted allá, busque al que tenga la culpa y dele dos estacazos de mi parte.

CONC. (Riéndose.) ¡Qué buen humor tiene este don Rufino!

ESCENA VIII

DICHOS.—DOÑA MARTINA

MART. ¡Verá usted qué poco le dura!

RUF. ¡Demonio! Es... ¡estabas ahí!

MART. ¿Ve usted? Ya se ha puesto serio en seguida. Y así pasará un buen rato.

RUF. Te diré...

MART. Vamos, hombre; no te quedes hecho un pasmarote. Sigue diciendo chistes.

RUF. Pero, mujer, si ahora no se me ocurre ninguno.

CONC. (Aparte á Antonio.) ¿Quién es esta señora?

ANT. La del preopinante.

CONC. Vaya, don Rufino; veo que ahora no tiene

usted tiempo para poner el telegrama. He tenido mucho gusto...

RUF. El gusto ha sido mío.

MART. Y mío.

CONC. Señora... (A Antonio.) Caballero...

MART. (Secamente.) Vaya usted con Dios.

CONC. (Veo que no me voy á aburrir en el pueblo tanto como creía.) (Vase por la izquierda.)

MART. Vamos á ver: ¿á qué has venido tú á la estación á estas horas?

RUF. ¿Que á qué he venido? ¡Mire usted que preguntar que á qué he venido! A despedir á Antonio y á su hermano, ¿verdad?

ANT. Sí; se empeñó en darnos esa prueba...

MART. Bueno, bueno; de eso de la prueba ya hablaremos en casa. Pues anda, despídete. Dale la mano.

RUF. ¡Martina, por Dios! Espera que venga el tren siquiera.

MART. No, que si le ves marchar te vas á emocionar demasiado. ¡Que le des la mano te digo?

RUF. ¡Qué se le ha de hacer! No quiero contrariarla... (Dándole la mano.) Antoñito...

MART. Y ahora dile: que lleven ustedes feliz viaje en mi nombre y en el de mi señora, y que escriban ustedes en llegando.

RUF. Vaya, pues... ya lo ha oído usted.

ANT. Gracias á los dos, y que ustedes sigan siendo tan felices.

RUF. ¿Tan? ¿Tan? ¿Tan?

MART. No toques más la campana, y vámonos, que aquí ya no tienes nada que hacer. Dame el brazo, anda... que vamos á entrar en el pueblo.

RUF. Pero mujer, ¡que nos van á correr los chicos!

MART. Mejor; así llegaremos más pronto á casa.

RUF. Espérate un poco, que creo que viene Federico.

MART. No importa; ya le despedirá su hermano.

ANT. Sí, señora; ¡no faltaba más!

RUF. Pero ¿usted ve? ¡Y luego dicen!...

ANT. No se queje usted, que eso es cariño.

MART. ¿Cariño? ¡Los majuelos, Antoñito, los majuelos!... Anda, anda, fantasmón; viejo verde... (Vanse por el foro.)

ANT. Si viera esto mi hermano, ya tenía el primer acto de un drama.

ESCENA IX

ANTONIO, FEDERICO, SOLEDAD, DON PABLO. Al final EUSTAQUIO. (Salen por la derecha.)

FED. Ya se ha hecho el mozo cargo de los baules, ¡Mira! mira quién viene conmigo.

ANT. ¡Solita! ¡Don Pablo! ¡Cuánto agradezco!

SOL. No, no nos agradezca usted nada, que ha sido una casualidad. ¿Verdad, tío?

PAB. ¡Claro, hombre! ¿cómo quería usted que viniera la niña no siendo por una casualidad? Hoy todo se nos vuelve casualidades.

SOL. Pasábamos por ahí...

PAB. Justo; pasábamos por ahí y encontramos á Federico.

FED Sí, nos encontramos en el andén, y...

ANT. ¡Cuánto me alegro! (Aparte á Soledad.) Aunque no necesitaba verla á usted para tenerla en en el alma en este momento solemne.

SOL. ¿De veras? (Siempre en voz baja.)

FED. Pero, señor, ¿por qué no abrirá este hombre la ventanilla?

PAB. Vaya con... (Viendo á la pareja.) Pues, sí; yo creí que ya había pasado el correo. ¡A lo mejor es que viene retrasado!

FED. (Mirando por la puerta de la izquierda.) ¡Ah! ¡es que tiene visita! ¡Y vaya una visita! (Recreándose embelesado.) La mujer es guapa de veras... Comprendo que el hombre se distraiga.

PAB. ¿Usted sabe la hora exacta, Federico?

FED. (Saliendo de su éxtasis.) ¿De qué?

PAB. De la llegada del tren. (Acercándose á un cartel de los fijados en la pared del fondo.)] ¿Quiere

usted hacerme el favor, usted que tendrá mejor vista?

FED. Vaya, sí, señor. (Acercándose también al cartel.)

PAB. No haría más un padre por su hija. (Los dos examinan detenidamente el anuncio de ferrocarriles de espaldas al público.)

SOL. ¡Ay, no! ¡no lo creo! Hay allí demasiadas diversiones, demasiadas mujeres que valen mucho...; ¿cómo es posible que usted vuelva á acordarse de esta pobre paleta?

ANT. Ya se convencerá usted de que no la engaño.

SOL. ¿Cómo?

ANT. Cuando me vea usted volver, exclusivamente para decirla una porción de cosas que ahora tengo que callarme.

SOL. ¿De verdad va usted á volver pronto? ¡Mire usted que lo creo!

ANT. Y hace usted bien.

SOL. ¿Y si yo le pidiera á usted una cosa?

ANT. ¿Cuál?

SOL. ¡Que no se marchara!

ANT. Estoy seguro de que usted no me ha de pedir eso. Porque á usted debe interesarla mi porvenir, mi victoria, el que yo aspire á ser hombre importante en vez de limitarme á vegetar sobre el terruño... Pero ¿qué es eso? ¿Se pone usted triste?

SOL. No; es que... ¡claro!

PAB. (Retirándose del fondo.) Pues, nada, que si no trae retraso, faltan siete minutos.

EUST. (Saliendo por la derecha.) Don Antonio.

ANT. ¿Qué hay?

EUST. Que si usted quiere, puedo ir pesando el equipaje. Ya me darán ustedes los billetes luego.

FED. Sí; cuando se vaya la visita.

ANT. Bueno, póngalos usted en la báscula. Y si no, espere usted; voy allá yo. (Váse Eustaquio.) (Esta despedida me está dando la tarde.)

SOL. Tío, ¿vamos á ver cómo pesan los baules? A mí me entretiene mucho la báscula.

ANT. Sí, sí; vengan ustedes. (¿A que toma el tren

conmigo?) Federico, tú sacarás los billetes.

PAB. ¡Ah! ¿Te entretiene mucho la báscula? ¡Vamos con la báscula! (Y vamos gimoteando.)
«Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe»
(Vanse los tres. Se abre la ventanilla del despacho·

FED. ¡Hombre, gracias á Dios! (Se acerca á la taquilla y se supone que habla con una persona que está dentro.) Sí, señor; hace un rato.—¡Claro! ¡Lo comprendo! — Dos, segunda, Madrid. — ¿Cuánto es?—Ahora no hay más remedio. El viaje de vuelta lo haremos en coche-cama, si Dios quiere.—Muchas gracias.—Despídanos usted de la señora.

ESCENA X

FEDERICO, CONCHA. Luego, EUSTAQUIO.

CONC. (Al salir por la izquierda y dirigiéndose á una persona que queda dentro.) Sí, sí; esta misma tarde. (Viendo á Federico.) ¡Ah, caballero, perdone usted si le han hecho esperar. No ha sido culpa del jefe, sino mía, que he venido á darle que hacer en el momento preciso.

FED. Si no me quejo, señora. ¡Al contrario! Me alegro de la espera, puesto que si antes me hubieran despachado, no hubiera tenido tal vez tan agradable encuentro.

CONC Es usted muy amable. Beso á usted la mano. (Medio mutis por el foro.)

FED. ¡Ah! Pero ¿se va usted?

CONC. Naturalmente; aquí no tengo ya que hacer nada.

FED. Lo siento. Cuando la ví á usted antes ahí dentro, me hice la ilusión de que sería usted mi compañera de viaje.

CONC. ¡Por Dios! ¿con estos atavíos?...

FED. Es verdad. ¡Ilusiones tontas que se hace uno!

CONC. Efectivamente.

FED. Y... ¡mire usted qué cosa tan rara! La veo á usted ahora por primera vez, y me da rabia pensar que puede ser la última.

CONC. Es lo probable. Digo, yo pienso volver á la estación dentro de una hora. Si usted está aquí todavía...

FED. Dentro de una hora estaré yo muy lejos.

CONC. Pues ¡qué se le ha de hacer! ¡Cosas de la vida! Usted va á Madrid, ¿no?

FED. Si usted no dispone otra cosa.

CONC. ¿Yo? ¡Dios me libre! Vaya usted donde quiera. Y como yo no he de parecer por allá en mucho tiempo, ni usted por este pueblo tampoco...

FED. ¡Ah! ¿Usted conoce mis planes?

CONC. Como usted miraba ahí con tanta insistencia, pues... las mujeres somos muy curiosas, y la señora del jefe me ha dicho quién es usted y me ha indicado algo. Sé que va usted á dedicarse á las comedias. ¿A escribirlas ó á representarlas?

FED. A escribirlas.

CONC. Mejor... si llega usted á ser de los que aciertan. A mí también me gusta mucho el teatro. Tanto, que una vez... ¡hasta tuve tentaciones de salir á las tablas!

FED. ¡Qué lástima que resistiera usted la tentación!

CONC. ¿Por qué?

FED. Porque ahora nos encontraríamos allí; me haría usted la misma impresión que aquí me ha hecho y... ¡qué sé yo!, me da el corazón que usted había de interpretar admirablemente lo que yo escribiera.

CONC. Pues no se fíe usted del corazón sin saber si tengo condiciones.

FED. ¡Bah! No hay más que verla á usted, oirla hablar... ¡Usted hubiera llegado á ser una actriz de primera fila!

CONC. Eso me han dicho muchas veces los que me han visto hacer comedias. . fuera del escenario.

EED. Y yo lo digo ahora, sin haberla visto hacer

ninguna. Aunque... bien mirado, puede que estén bien las cosas como están, y que para mí, que marcho entusiasmado y decidido á conquistar la gloria, sea más conveniente que se quede usted en el pueblo.

CONC. ¿Por qué?

FED. Porque me da el corazón otra cosa.

CONC. ¡Qué corazón tan generoso! ¡Siempre le está á usted dando algo! Y ¿qué otra cosa es ella?

FED. Perdone usted la impertinencia, pero ya se sabe cómo son estos incidentes de viaje: Dos personas que se tropiezan por casualidad y que sospechan que no han de volver á encontrarse en el mundo, se cuentan en un momento cosas íntimas que no se contarían en dos años.

CONC. Es verdad; ¿de qué se trata?

FED. De que lo que también me da el corazón es que... acabaría por enamorarme de usted, y por no escribir más que madrigales.

CONC. ¡Jesús! ¡Enamorarse de mí de repente, y á estas alturas! Haría usted el riídículo.

FED. ¿Por qué? ¿Por los madrigales?

CONC. Eso desde luego, y además porque...; pero, ¿no me conoce usted ni de oídas?

FED. La verdad, hasta ahora...

CONC. ¡Si no puede ser! ¿Cómo es posible que no hayan ustedes hablado mil veces en el Casino y los soportales de la plaza de la señora forastera que se presenta de pronto á tomar posesión de la finca más codiciada del pueblo? ¡Vamos! Usted quiere disimular por galantería, pero estoy segura de que hasta los niños pequeños están enterados aquí de mi vida y milagros.

FED. Es posible. Pero, yo, la verdad, preocupado con la liquidación de mi hacienda y con el deseo de marcharme en seguida...

CONC. ¿No se ha dado usted cuenta de lo que ha oído? Pues es una lástima.

FED. ¿Por qué, señora?

CONC. Porque me evitaría usted ahora el trabajo de darle explicaciones.

EUST. (Saliendo por la derecha.) Don Federico, de parte de don Antonio que si ha sacado usted ya los billetes.

FED. (Entregándoselos.) Sí; ahí van.

EUST. (Yéndose por donde vino.) (¡Anda con Dios. Toavía está aquí la pájara!)

FED. Diga usted, ¿qué explicación tenía usted que darme?

CONC. ¿No lo sospecha usted, de veras?

FED. Confieso que no.

CONC. Pues va usted á tardar más de lo que se figura en hacer carrera, porque le falta á usted picardía para ser autor dramático.

FED. ¡Por Dios! Acabe usted y no me desespere.

CONC. Parece mentira que no haya usted adivinado que yo tengo una desgracia muy grande.

FED. ¿Usted? ¡Imposible! O será inmerecida.

CONC. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

FED. Y ¿cuál es esa desgracia, para hacerla mía desde ahora?

CONC. ¡Jesús! ¡Qué alma tan noble! Pero en este caso no tiene objeto. Mi desgracia es de las que no pueden compartirse porque es... la que ya le he indicado antes.

FED. ¿Cuál?

CONC. Pues... esa. Que nadie puede enamorarse de mí de veras sin hacer el ridículo. (Pausa larga, durante la cual los dos interlocutores se miran como deben mirarse.) Con que... conserve usted, si quiere, el recuerdo de esta entrevista, que no ha servido más que para entretener el tiempo mientras el hermanito factura el equipaje, y que le veamos á usted pronto en los periódicos ilustrados coronado de laureles (Medio mutis.)

FED. Pero ¿se marcha usted?

CONC. Pues no faltaba más. Es usted demasiado egoísta. ¡Ni siquiera quiere aburrirse esperando al tren que ha de llevarle á la fortuna!

FED. ¡Por favor! Deténgase usted un momento.

CONC. ¿Para que alguien se figure que he venido á despedirle? ¡Pues era lo único que me falta-

ba! ¡Bonita me pondrían esta misma tarde en los soportales y en el Casino! (Se oye lejano el silbido de la locomotora.) Ahí está ya el correo. No dirá usted que no ha sido oportuno.

FED. Al revés, yo quisiera que hubiese tardado siquiera media hora.

CONC. ¿Para qué?

FED. Para disfrutar de su presencia y de su conversación, y para convencerla de que...

CONC. De nada. No podría usted convencerme de nada. Usted marcha ahora á la pelea contra el Destino, y yo estoy ya de vuelta. Sería difícil que nos entendiéramos, como usted comprende.

FED. ¡Pero si, al decirlo, me mira usted de un modo que... vamos, que me hace suponer lo contrario!

CONC. Y ¿qué es lo contrario?

FED. Que nos podríamos entender en seguida.

CONC. ¿Vanidoso también? ¡Cualquiera le va á resistir á usted en cuanto estrene la primera comedia! (Óyese el ruido del tren que se aproxima.)

ESCENA XI

DICHOS, ANTONIO, SOLEDAD, DON PABLO

(Salen todos por la derecha.)

ANT. Federico, anda; coge la maleta, que ya está aquí el tren. (Toma su maleta y se dirige de nuevo á la puerta del andén, á tiempo que entran Soledad y don Pablo.)

FED. Voy, voy en seguida. (Sigue hablando animadamente con Concha.)

ANT. Pero ¿qué es eso? ¿No se quedan ustedes en el andén?

PAB. No; ésta se emocionaría demasiado. No puede ver que se marchen personas conocidas. Yo le despediré á usted aquí, desde la puerta.

ANT. Entonces... ¡adiós, Soledad! ¡Conste que cumpliré mi palabra de volver, y que la llevo á usted en el alma!

SOL. ¿Por qué se marcha usted entonces?

ANT. Porque... se me parte el corazón; pero ya sabe usted que no hay otro remedio. Adiós, don Pablo.

PAB. Adiós, Antoñito; ¡buena suerte!

ANT. Gracias. Federico, vamos, que no para más que un minuto y hay que buscar sitio.

FED. No tengas cuidado.

ANT. (A Pablo y Soledad rápidamente.) Adiós, adiós.

(Vase. En este momento llega el tren á la estación y se detiene)

EUST. (Dentro) ¡Santillana! ¡Un minuto!

FED. Y nosotros ¿no nos damos la mano?

CONC. ¿Por qué no? Si eso le ha de dar á usted los ánimos que necesita...

PAB. Por Dios, hija, reprime los sollozos; mira que no está bien que rompas á llorar ahora.

SOL. Si es que... no lo puedo remediar. Ya ve usted; á pesar de que le he dado á entender que me gustaría que se quedase...

PAB. Ha salido del paso con buenas palabras, ¿eh? Ese pasa de largo al lado de las mujeres. Hará, hará carrera.

CONC. Bueno, váyase usted, que su hermano estará sobre ascuas.

FED. Sí; me voy. (Tomando su maleta.) Pero... conste que por estos ahogos no la digo á usted un secreto que se me ha atragantado.

CONC. Yo también me quedo con otro que no digo porque no conviene.

EUST. (Dentro.) ¡Señores viajeros, al tren!

PAB. Federiquito, corra usted; ¡que se queda en tierra!

(Campanilla. Pito de la máquina.)

FED. ¡Voy, voy! (Empieza á andar el tren.) Dígamelo usted, por favor.

CONC. Ya no puede ser. ¡Ande usted, hombre!

PAB. ¡Federiquito, que se marcha!

FED. ¡Voy, voy! (Corriendo hacia el andén y volviendo

la cabeza á la mitad del camino.) ¡Aunque sea por señas!

PAB. (Empujándole hacia afuera.) ¡Vamos, caracoles! ¡Ya va, ya va!... ¡Canastos con la calma!

SOL. (Asomándose á la puerta sin poderse contener y saludando con el pañuelo.) ¡Se marcha, se marcha!

PAB. ¡Se queda, se queda!

EUST. (Dentro.) ¡Que le digo á usté que no puede ser!

FED. (Dentro.) ¿Cómo que no?

EUST. (Dentro.) ¡Que luego tengo yo una responsabilidad muy grande! (Sigue la disputa cada vez más agria, mientras don Pablo procura consolar á Soledad que ha caído sobre el banco de la izquierda, enjugándose las lágrimas con el pañuelo, hasta que vuelve á aparecer en la puerta Federico con su maleta en la mano.)

CONC. ¡Cómo! ¿ha perdido usted el tren? ¡Y por mi causa! ¡Jesús! ¡qué remordimiento!

FED. No tenga usted ninguno. El percance no vale la pena. Me marcharé mañana. Y ahora... ¿puede usted decirme el secreto?...

PAB. (Dejando de consolar á su sobrina y contemplando á la otra pareja.)

«¡Ay del que va en el mundo á alguna [parte
y se encuentra una rubia en el camino!»

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Al fondo galería de cristales con puerta practicable que da á un jardín. A derecha é izquierda otras puertas que dan á habitaciones. Muebles ligeros y elegantes. Es de día.

ESCENA I

LORENZA cruza la escena de izquierda á derecha, llevando en las manos unas cuantas cartas y tarjetas en sus sobres correspondientes. Al llegar al centro aparece DON RUFINO tras la galería de cristales, en el jardín, y con la voz la detiene. DON RUFINO ha cambiado mucho desde el primer acto. Pelo y bigote, que antes eran grises, ahora son como el ala del cuervo; las guías, que antes caían lacias, ahora se yerguen á lo Kaiser, y en los ademanes y en el vestir, que eran descuidados, se notará cierta afectación y atildamiento. Además trae un clavel reventón en el ojal de la americana y en la mano un cucurucho de papel enorme.

RUF. ¡Lorenza! ¡Eh, Lorencita!

LOR. Buenos días, don Rufino. Hoy viene usted un poco más tarde.

RUF. Sí; no ha podido ser antes. Asuntos de familia...

LOR. ¡Y que ha necesitado usted más tiempo para ponerse de tiros largos!

RUF. ¡Lorencita, por Dios! No hay más tiros que

los de costumbre. Aunque hoy no tendría nada de particular porque es día solemne.

LOR. Pues ese clavelito en el ojal...

RUF. ¡Ah, sí! Este es un detalle nuevo. Cada día se afina uno un poco cuando trata con personas distinguidas.

LOR. ¿Quiere usted entrar por la puerta principal ó por aquí?

RUF. Por aquí. Entraré por aquí. Soy de confianza. (Abre la puerta de la galería y penetra en escena.) Supongo que estará en casa la señorita.

LOR. Sí, señor; ¿quiere usted que la avise?

RUF. ¿Está sola?

LOR. No, señor; con la sobrina del maestro.

RUF. ¡Posma de niña! Ha dado en la flor de no salir de esta casa.

LOR. Como tampoco sale el tío.

RUF. Sí, sí; también el carcamal de don Pablo es otro posma. Los chiquillos están que brincan de gusto porque los echa de la escuela antes de tiempo.

LOR. Pues es un señor muy amable y muy campechano. No parece dómine! La señorita le aprecia mucho.

RUF. ¡Como que ese es el defecto de tu señorita! ¡El de apreciar á todo bicho viviente!

LOR. Es que... es tan buena y tiene tan buen corazón... En Madrid, no sabe usted lo bien que hablaban de ella todos los conocidos, y los regalos que nos hacían tal día como hoy. Sobre todo, los señores mayores... ¡no sé qué tiene doña Conchita que embelesa á los señores mayores! Ya ve usted, el último, el que la dejó la finca de este pueblo, se volvió loco por ella.

RUF. Bueno, bueno; á otra cosa.

LOR. ¡Qué! ¿le molesta á usted que se lo recuerde?

RUF. ¿A mí? ¡No! Agua pasada no muele molino.

LOR. Y aquí, ya ve usted, desde que vinimos parece que se han remozado todos ustedes.

RUF. Poco á poco, Lorencita; que yo no necesito que nadie me remoce.

LOR. Bueno, si; lo digo por los demás.

RUF. Y... ¿se puede saber qué diablos ha venido á hacer á estas horas la dichosa sobrinita de don Pablo?

LOR. Pues... como ya sabe usted que está enseñando á la señorita á hacer encaje inglés... ¡Mire usted que si en Madrid lo supieran!

RUF. ¿Qué iban á decir? Son las labores propias del sexo.

LOR. ¿El encaje inglés?... No me lo diga usted, que me voy á reir sin gana.

RUF. Y... ¿de veras no hay nadie más? ¿No ha venido el pollo?

LOR. ¿Qué pollo? ¡Ah, ya! ¿El señorito Federico? ¡Si no parece por aquí hace tres días!

RUF. ¿Qué me cuentas? ¿Es que ha ocurrido algo?

LOR. No sé; pero ahora sí que parece que va de veras que se marcha.

RUF. No caerá esa breva.

LOR. Eso creo yo también. Ya ve usted, hace un año que se está marchando...

RUF. ¡De mí se ha despedido lo menos treinta veces!

LOR. Pero pase usted, don Rufino, que ésta es ya demasiada conversación, y yo soy una chica soltera, y con el clavelito del ojal está usted tirano.

RUF. ¡Ah! ¿te burlas, eh? ¡Vaya con las madrileñitas! Pues no; no entro ahora. Quiero dar á doña Concha una sorpresa.

LOR. ¿Trae usted algún regalo?

RUF. ¡Sí! ¡en este cucurucho! Y ya verás cómo me lo agradece, porque lo está deseando hace mucho tiempo. Pero no quiero que se entere hasta que lo vea en su sitio. (Abriendo la puerta de la galería.) ¡No la digas nada!

LOR. Pero ¿se va usted?

RUF. Sí; al jardín. Es cuestión de diez minutos; vuelvo en seguida. (Sale al jardín y sigue hablando detrás de los cristales.) ¡Ah! ¿Tú sabes donde está la regadera?

LOR. Sí, señor; aquí á la izquierda, junto á la casilla del perro.

RUF. Ya se, ya se (Vase por el foro izquierda.)

LOR. Vaya, está visto que lo que tú traes es una planta. ¡No hay duda que con el regalito la vas á volver loca!

ESCENA SEGUNDA

LORENZA, CONCHA, SOLEDAD

CONC. (Saliendo por la puerta de la derecha.) Que no almuerzo mientras ustedes no vengan, ¿eh? Dígaselo usted á su tío.

SOL. Vendremos, sí, señora.

LOR. Señorita, el correo. (Entregándole el paquete de cartas.)

CONC. Está bien. Ya lo sabe usted, Lorenza. Dos cubiertos más. (Vase Lorenza por la izquierda.)

SOL. ¡Cuánta correspondencia!

CONC. Sí, los amigos de Madrid. Todavía se acuerdan de mi cumpleaños porque esperan que vuelva. Si sigo aquí el año que viene ya no tendré ninguna. (Deja las cartas sobre un velador.) Y á propósito, ¿usted sigue sin recibir noticias?

SOL. Las que quiere darme Federico buenamente.

CONC. Pero directamente ¿nada?

SOL. No, señora, nada. Ya sabe usted; aquella tarjeta en que estaba él retratado en el banquete de un concejal. Fué su primer paso en la carrera.

CONC. Si, claro; y con aquello quería decirla á usted: Ya he empezado á subir; no te olvido; aguarda.

SOL. Quería decirlo, pero no lo decía, porque ni la firma puso por no comprometerse. Luego he sabido... lo mismo que usted y que todos; que empezó á escribir en los papeles y á echar discursos en todas partes, y que por fin le han hecho secretario particular de un personaje de campanillas.

CONC. Si, que va de prisa el niño.

SOL. Ellos tienen allí algunos parientes encopetados, y como Antoñito habrá sabido manejar los resortes, porque á eso iba... Crea usted, doña Conchita, que yo soy una tonta.

CONC. ¿Por qué?

SOL. Porque no le hago caso á mi tío, que siempre está queriendo probarme con versos de Campoamor y prosa suya, que esos pájaros que vuelan muy alto pierden de vista el nido y no vuelven.

CONC. Es que además, usted no hace nada para que vuelva.

SOL. ¡Claro! ¿qué voy á hacer? Pensar en él á todas horas y acordarme mucho.

CONC. Lo cual es el peor sistema. Mas adelantaría usted si él supiera que usted no se acordaba.

SOL. Y ¿cómo iba á saberlo?

CONC. No tardaría mucho.. Las malas noticias van en seguida á todas partes. ¿Usted no há tenido ó tiene algún pretendiente en el pueblo?

SOL. Pretendiente... lo que se dice pretendiente, no, señora. El hijo del notario me saca á bailar siempre que puede.

CONC. Pues hágale usted caso al hijo del notario, aunque sea de mentirijillas. Puede que Antoñito se decida á dar por aquí una vuelta para descansar de sus quehaceres políticos.

SOL. ¿Usted cree?...

CONC. Que cuando no da chispas el amor hay que apelar al amor propio. Eso me ha dado á mí buen resultado muchas veces.

SOL. Puede que tenga usted razón.

CONC. Con que piénselo usted... y no se la olvide avisar á su tío.

SOL. No, señora; no se me olvida. Verá usted que pronto volvemos. (Abriendo la puerta de cristales.)

CONC. Pues hasta luego, ¿eh? ¡Ah! Ya que pasa usted por el comercio de la Santanderina, hágame el favor de traer el algodón *perlé*, que quiero continuar la labor hoy mismo.

SOL. ¡No faltaba más! Con mucho gusto.

LOR. (Saliendo por la izquierda.) El señorito Federico, que si puede pasar.

CONC. ¡Ah! No se marche usted todavía. Acompáñeme usted en la entrevista y nos evitaremos una escena de melodrama.

SOL. Como usted quiera. (Cierra la puerta de nuevo.)

CONC. (A Lorenza.) Que pase el señorito Federico. (Vase Lorenza.) Sentémonos. Ayúdeme usted á abrir estas cartas.

ESCENA III

CONCHA, SOLEDAD y FEDERICO

FED. (Saliendo por la izquierda.) Buenos días.

CONC. ¡Dichosos los ojos!

FED. (Dándole la mano.) ¿Sigue usted bien, Soledad?

SOL. Bien, gracias.

FED. (Idem.) ¿Y usted, Conchita?

CONC. Perfectamente. Con su permiso voy á continuar... Usted es de confianza. Siéntese usted donde quiera.

FED. Muchas gracias. Estaré nada más un momento. (Pausa larga y engorrosa, durante la cual las dos señoras siguen abriendo y clasificando cartas, y Federico no sabe qué hacer. Por fin rompe.) Veo que el correo de hoy ha traído tarea.

SOL. ¿Verdad que sí?

CONC. No tiene nada de particular; ¡como es mi cumpleaños!

FED. ¡Ah! ¿hoy es su?... Perdone usted que no haya empezado por felicitarla.

CONC. ¡Pues si yo creí que había usted venido á eso exclusivamente!

FED. No, la verdad; no sabía...

SOL. No es extraño; como nos lo dijo usted anteanoche y Federico hace tres ó cuatro días que no viene...

CONC. ¡Es verdad que no viene hace tres ó cuatro días!

FED. ¿No me había usted echado de menos?

CONC. Sí; ahora recuerdo que ayer por la mañana me dijo Lorenza: Señorita, ¿qué le pasará al señorito Federico que no hace más que rondar el hotel y no entra?

FED. ¡Ah! De manera que ha sido la muchacha la que...

CONC. Sí; la muchacha. Yo no hubiera caído probablemente. ¡Tiene una tantas preocupaciones!

FED. Y, por lo visto, se le ha figurado que yo rondaba... ¡Qué cosas dicen! Ya comprenderá usted que habré pasado por aquí alguna que otra vez por casualidad.

CONC. Naturalmente.

SOL. (Así empezó mi tío.)

CONC. Porque no habiéndole yo negado la entrada, ¿qué necesidad tenía usted de ponerse y ponerme en evidencia?

FED. ¡Claro! Eso es lo que salta á la vista. (Pausa larga otra vez.)

CONC. Lo que salta á la vista es que aquello de la prisa no era del todo exacto, porque no habiendo venido á felicitarme ni á dar una explicación de su ausencia, no se apresura usted á decir á lo que viene.

FED. Es que. . vamos, no sé cómo empezar. ¡Me es tan violento!

CONC. Vaya, pues yo le ayudaré á salir del atasco. Viene usted á despedirse.

FED. Efectivamente. (Soledad suelta la carcajada.) ¿De qué se ríe usted, Soledad?

SOL. Dispense usted, es que no he podido remediarlo. ¡Como á eso mismo ha venido usted una vez al mes, por lo menos!

FED. Tiene usted razón; he hecho muchas tonterías. Pero ésta, que puede que sea la mayor, va de veras, porque viene mi hermano decidido á todo

SOL. (Sin poderse contener.) ¡Cómo! ¿Que viene Antoñito?

FED. Hoy ó mañana. ¿Tenía usted mucho interés en verle?

SOL. No; interés, no. La alegría natural... ¡Como hace tanto tiempo!

CONC. (Aparte á Soledad.) No negará usted la bondad de mi consejo. En cuanto pensó usted en el hijo del notario... ya está aquí nuestro hombre. (A Federico.) Y... ¿cómo es que viene?

FED. Anda recorriendo el distrito.

CONC. ¿Ya?

FED. No; todavía no es cosa suya. Ahora trabaja como secretario. Es una especie de vanguardia del candidato verdadero.

CONC. Y, naturalmente, esta vez no tiene usted disculpa... á no ser que pierda usted el tren como antaño.

FED. Ahora no sería fácil, porque no tenemos ningún secreto que decirnos.

CODC. ¿Está usted seguro?

FEN. Tan seguro que... ¡ya ve usted!, ha pasado usted sin verme tres días, y si no se lo hubiera hecho notar Lorenza...

CONC. Sin verle no, puesto que le he tenido á usted paseándome la calle de día y de noche... ¡Como que empecé á temer que se alarmaran don Rufino y don Pablo!

FED. ¡Sí, sí! Hace usted bien en tomarlo á broma. Es lo que merezco por no haber corrido inmediatamente á ocupar mi puesto en el combate.

CONC. ¿En qué combate? Si se siente usted poeta, lo dejamos. Pero ¿es que ahora me va usted á echar la culpa?

FED. ¿A quién si no?

CONC. Entendámonos. Usted, aquel día, que ha llamado tantas veces memorable, perdió el billete porque quiso. Yo no le puse un puñal al pecho para detenerle.

FED. Es verdad, pero...

CONC. Al día siguiente sufrió usted un fuerte ataque de jaqueca que le impidió ponerse en camino. Yo... hasta le mandé á usted unos sellos que á mí me sientan admirablemente para que pudiera usted emprender la marcha.

FED. Así fué; pero...

CONC. En seguida le acometieron á usted unas fiebres que le duraron tres semanas. Yo me limité á preguntar por su salud todos los días.

FED. Efectivamente, pero...

CONC. Y cuando se puso usted bueno del todo, surgieron unas dificultades en la venta de la última viña, que parecía ultimada, y para vencerlas es para lo que ha tenido usted que demorar la partida tanto tiempo. ¿No es eso lo que usted me ha dicho?

FED. Sí; eso he dicho, pero...

CONC. Pero, ¿qué?

FED. Ya comprenderá usted que alguna causa más fuerte y más honda tiene que haber sido la que ha refrenado mi ambición, parándome en seco en el preciso momento en que me disponía á conquistar el mundo.

CONC. ¿El mundo nada menos? ¡Qué imaginación tan fogosa! Y... ¿qué causa ha sido esa?

FED. La ocasión no es oportuna para contestar. Y, además... lo sabe usted demasiado.

SOL. Y yo.

FED. ¿Ve usted? Hasta Soledad lo sabe.

SOL. No es extraño, porque tengo el maestro en casa.

LOR. (Saliendo por la izquierda.) La señora de Rebolledo, que si puede usted recibirla.

SOL. ¡Doña Martina aquí!

CONC. No podrá venir su marido y la habrá mandado á felicitarme en su nombre. (A Lorenza.) Que pase. (Vase Lorenza. A Federico.) Con que ¿se marcha usted decididamente?

FED. (Después de vacilar un momento.) Sí, sí; decididamente... porque acabaría por volverme loco. Pero antes... necesito que me devuelva usted mis armas.

CONC. ¿Sus armas? ¡Ah, sí! El manuscrito de la comedia, ¿verdad? ¿Querrá usted creer que no la he leído todavía?

FED. ¿Que no?... ¡Ni por curiosidad!

CONC. ¿Qué quiere usted? Como no podía suponer que se fuera usted tan pronto... Lo siento de

veras, porque por fuerza ha de ser una obra maravillosa la que ha escrito usted con el alma. Y como yo no he de estar en Madrid el día que se estrene...

FED. ¡Ojalá pudiera ser eso!

CONC. Pero es imposible, porque tengo aquí una porción de admiradores mayores de edad que se morirían de pena.

SOL. (Este no se marcha esta vez tampoco. ¡Si yo supiera trastear así á Antoñito!)

ESCENA IV

DICHOS.—DOÑA MARTINA

Por la izquierda, con el chaleco y americana de don Rufino.

MART. Buenos días á todos. Si están ustedes hablando algo de particular, esperaré aquí dentro.

CONC. De ninguna manera. Pase usted, señora. Justamente lo que estábamos tratando no tenía ninguna importancia, ¿Verdad, Federico?

FED. Es verdad, ninguna; y además yo iba á salir en este momento.

CONC. Con Soledad, á quien me hará el favor de acompañar, si no le sirve de molestia.

FED. Al contrario; con mucho gusto.

SOL. ¡Por Dios! ¡Si no hace falta!

FED. ¿Va usted á hacer un desaire á Conchita y á mí otro?

SOL. No, no; á ninguno de los dos. Vamos cuando usted quiera.

MART. ¡(Qué fino se está poniendo el pueblo!.)

CONC. ¡Ah! que no se la olvide á usted entrar en la Santanderina.

SOL. Descuide usted; cumpliré el encargo.

CONC. Y ya que van ustedes juntos, entregue usted el algodón á Federico, y él me hará el obsequio de traerlo de paso que viene á recoger sus cuartillas.

MART. ¿El algodón? (¡Ya le manda á la tienda!)

SOL. Pero puedo traerlo yo misma.
CONC. ¡No, no!; que lo traiga él. Es el castigo que le impongo por abandonarnos.
MART. ¡Ah! ¿Pero se marcha otra vez?
FED. Sí, doña Martina, otra vez; pero ésta es en serio.
MART. No; si por mí... puede usted seguir la broma si quiere.
CONC. Con que hasta luego, ¿eh?
FED. Hasta luego.
SOL. Hasta luego.

(Vanse por el jardín Soledad y Federico.)

ESCENA V

CONCHA y DOÑA MARTINA

CONC. Siéntese usted, señora. Estaba aquí examinando unas cartas...
MART. Pues siga usted hasta que acabe. Yo no tengo prisa.
CONC. Ni yo tampoco. (Se sientan.) Con que usted dirá á qué debo el honor de esta visita.
MART. Que no esperaba usted, de seguro.
CONC. La verdad, otro día cualquiera me hubiera llamado la atención, pero como hoy es mi cumpleaños...
MART. ¡Ah! ¿sí? pues que los tenga usted muy felices
CONC. Gracias.
MART. Pero, como usted comprenderá, no era á eso á lo que venía, porque es la primera noticia que tengo.
CONC. ¿De qué se trata entonces?
MART. Ya se lo puede usted figurar si se fija en lo que traigo en la mano.
CONC. ¡Ah! no había reparado. ¿Qué es?
MART. Véase la clase.
CONC. ¡Ropa de caballero!
MART. De caballero hasta cierto punto, porque es de mi marido. Como usted ve no faltan más

que los pantalones; pero á esos ya los sacudiré yo el polvo sin quitárselos.

CONC. Perdone usted, doña Martina, pero no entiendo una palabra.

MART. Pues lo va usted á entender en seguida. ¿Sabe usted dónde he encontrado esta americana con su clavelito y todo? Pues á la entrada del jardín sobre una maceta.

CONC. ¡Sigo sin entenderlo!

MART. Eso yo no lo entiendo tampoco. A no ser que tenga usted el capricho de que el día de su santo la visiten los conocidos en mangas de camisa.

CONC. (Levantándose.) ¡Señora! ¿Qué dice usted? ¿Qué se ha figurado? Ahora mismo vamos á averiguar qué embrollo es éste.

MART. ¿Qué va usted á hacer? Espere usted un momomento, no se sofoque, que yo estoy muy tranquila.

CONC. Es que yo necesito saber inmediatamente...

MART. ¡Si lo sabremos! ¿No lo hemos de saber? Siéntese ustéd donde estaba y lo que sea sonará. ¡Usted misma se va á asombrar de lo que suena!

CONC. (Sentándose de nuevo.) Dice usted bien; ello tiene que ser cosa de risa. Adelante.

MART. Mire usted, doña Concha; ya habrá usted oído decir que las de pueblo somos así, á la pata la llana.

CONC. Que es como me gusta á mí la gente.

MART. Bueno; pues usted me va á dispensar si digo alguna tontería, pero conste que no es por ofenderla ni mucho menos, porque á estas fechas estoy convencida de que usted no tiene arte ni parte en los enjuagues de mi marido.

CONC. Naturalmente; ¡no faltaba más! Pero ¿qué enjuagues son esos?

MART. Pues... ya habrá usted observado que se me ha teñido el pelo, que se me pone rosas en los ojales y que hasta ha encargado á Valladolid una caja de jabón de olor que tira de espaldas.

CONC. ¿De veras? ¡Qué locura!

MART. ¿Y sabe usted por qué? Pues porque usted es muy fina y muy amable y tiene muy buena conversación con todo el mundo, y el muy mamarracho ha tomado el rábano por las hojas y estoy viendo que se me va á gastar la renta en perifollos.

CONC Haría un disparate; pero piénselo usted bien, doña Martina, que no será tanto.

MART. ¿Que no será? ¡Pero señora, si ya es la irrisión de todo el pueblo! Mire usted: el señor cura, en la plática del domingo, habló de los viejos que se pintan, y todos los fieles miraron en seguida á Rufino, que no tuvo más remedio que ponerse como una amapola. ¡Naturalmente! ¡Cómo que aquí no se ha pintado nadie más que él desde que el mundo es mundo!

CONC. ¡Ah! Pues eso ya es grave. Si la Iglesia toma cartas en el asunto... será preciso corregirle. Lo que no se me alcanza es la manera.

MART. ¡Vaya! En cuanto usted le haga un desaire gordo ó le diga que no vuelva á parecer por aquí con cualquier pretexto... es seguro que le vuelven á salir las canas. Porque yo estoy ya muy harta de predicar y de perseguirle, y un día se me va á subir la sangre á la cabeza y le voy á sacar los ojos.

CONC. ¡Jesús! ¡qué atrocidad! Pero ¿y el pretexto?

MART. Usted es lista: usted sabe de estas cosas más que él y que yo y que todos los del pueblo juntos. ¡Ya encontrará usted alguna disculpa!

CONC. ¡Ah! espere usted... ¡la ropa!

MART. Es verdad.

CONC. Pero antes es preciso saber si no se trata de una broma que le ha dado alguien. Porque yo le aseguro á usted que no le he visto en todo el día.

MART. ¿Que no?

CONC. ¡Ah! ¿todavía lo duda usted? (Cruza la escena de izquierda á derecha, detrás de los cristales de la galería, el propio don Rufino, sin americana ni chaleco, y con una regadera monumental que casi le rinde. Al ver á su mujer hace una mueca de espanto y desaparece.)

MART. Pues ahí le tiene usted luciendo el garbo.

CONC. ¡Pobrecillo! Entraba secretamente á cuidar las flores... Pero, tiene usted razón, hay que darle un susto.

MART. Y que sea gordo, á ver si se me muere.

CONC. (Asomándose á los cristales de la galería.) ¡Señor Rebollo! ¡Chist! ¡Don Rufino! ¡Haga usted el favor, que soy yo quien le llama!

MART. (Idem.) Atrévete, hombre, que no te como.

ESCENA VI

DICHOS, DON RUFINO

RUF. (Ascmándose por el fondo derecha con cierta escama.) Sí me atrevo, ¡claro que me atrevo!; pero es que... no estoy presentable.

MART. Anda, hijo, anda, y déjate de cumplidos.

RUF. Siquiera esperen ustedes que recoja la ropa.

MART. No; no te molestes, que está aquí. ¿Para qué estoy yo en el mundo si no es para servirte?

RUF. ¡Ah! la... ¿la has encontrado?

CONC. Vamos, entre usted.

RUF. (Abriendo la puerta de cristales.) Con... con permiso. (Entra.)

MART. Y no me mires como si estuvieras en el patíbulo, que la que tiene que hablarte es esta señora.

CONC. Sí, yo. ¿Cuándo le he autorizado á usted para entrar en mi casa sin avisarme?

RUF. Nunca. ¡Créeme, Martina! No me ha autorizado nunca.

MART. Que no te dirijas á mí, que estoy aquí como pintada.

RUF. (A Concha.) Bueno, pues... verá usted: como usted tenía capricho de unos crisantemos, hoy me he tomado la libertad de traer una planta y... vamos, la estaba preparando para darla una sorpresa.

CONC. Pues sí que me ha sorprendido usted, pero faltándome al respeto.

RUF. ¡Cómo! ¿que yo?... Comprenda usted...

CONC. Basta. El traje en que usted se permite andar por mi casa revela una intimidad que no existe. Ahora, las explicaciones se las da usted á su señora... (Recogiendo los papeles.) Yo tengo que despachar estas cartas. Beso á usted la mano. (Bien decía yo que no me iba á aburrir en el pueblo.) Señora... (Vase por la derecha.)

MART. Anda, mastuerzo, ¡para que te tiñas!

RUF. ¡Martina! No me faltes.

MART. Y ahora... ¡yo! (Se dirige hacia él amenazadora. El otro retrocede.) No te asustes, hombre, que no estoy enfadada.

RUF. ¿De veras?

MART. De veras. Comprendo que con algo habías de obsequiar á doña Concha el día de su santo. Y ¿qué mejor regalo que unas flores?

RUF. Naturalmente.

MART. Y en prueba de que ya no dudo de ti y de que estoy muy contenta, te voy á obsequiar con una sola... porque no tengo más á mano. (Quitando el clavel del ojal de la americana.) Mira, me vas á hacer el favor de comerte este clavelito en mi presencia.

RUF. ¡Martina!

MART. O te lo comes ó te echo de cabeza al estanque. ¡Elige!

RUF. ¡Martina! ¡Que estás abusando de mi bondad!

MART. ¿Que no te lo comes? (Aparece por la izquierda don Pablo. Se ha cubierto la cabeza con un bisoñé; se le nota más atildado en el vestir y más afectado en los modales, y trae también en el ojal su flor correspondiente.)

ESCENA VIII

DICHOS Y DON PABLO por la izquierda.

PAB. Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué paz del matrimonio es ésta?

MART. ¡Hombre! ¡El otro esperpento! ¡Y también de toda gala!

PAB. ¿Qué es eso de esperpento?

RUF. Nada; no la haga usted caso, don Pablo. Es que el día está de prueba.

MART. ¡Y tan de prueba! Como que me parece que hoy se les van á acabar á ustedes las calaveradas.

PAB. Poco á poco, doña Martina; yo no soy calavera.

MART. Ahora ya no; porque le ha crecido á usted el pelo de repente.

PAB. ¡Eh! ¿Cómo?

MART. No me haga usted hablar. Anda, tú, vístete (Dándole las prendas.) y da las gracias á que ha venido el maestro, que si no... ¡vaya si te bañas!

PAB. ¡Cómo! Pero ¿iba usted á bañarse?

RUF. No, hombre, ¡por Dios! Es que se me había descosido un poco la americana, y ésta ha sido tan amable...

MART. Que no puedo menos de sentarle las costuras Con que vámonos, que me corre prisa. (Zarandeándolo.)

RUF. ¿Del brazo también?

MART. ¡Quiá, hijo! Desde que te has hecho elegante tenemos que salir de otra manera. Ya verás tú cómo salimos.

RUF. Pero, espera que acabe de ponerme ..

MART. Ya acabarás por el camino. Don Pablo, por parte de éste tiene usted vía libre, y que de salud sirva.

PAB. No entiendo...

RUF. Es que está loca. ¿No ve usted que está loca?

MART. Me has dado una idea... Y mira tú por dónde me ha dado la locura. (Dándole un golpe en la espalda y echándole al jardín.)
RUF. ¡Martina! ¡Que me sublevo!
MART. (Llevándoselo por delante á fuerza de golpes.) ¡Anda, zoquete, anda!
RUF. ¡Martina! ¡Socorro! ¡Martina! (Vanse. Sale Lorenza por la izquierda.)

ESCENA IX

DON PABLO y LORENZA

LOR. ¡Don Pablo! ¿Era usted el que gritaba?
PAB. ¿Yo? ¡De ningún modo! Era el bueno de don Rufino, con quien su mujer ha hecho una de las suyas.
LOR. Ventajas de ser viudo.
PAB. Como yo, quieres decir, ¿verdad? Esa era mi opinión antes; que la viudez era una delicia.
LOR. ¿Y ha cambiado usted? Ya se le conoce.
PAB. ¿En qué?
LOR. En que de pronto se ha puesto usted hecho un pollo. Lo que quiere decir....
PAB. Quiere decir lo que dijo el poeta:
«Que el amor es un himno permanente
que después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.»
LOR. ¡Qué bonito es eso!
PAB. Bonito... ¡y verdad! Cada día estoy más convencido. Y á propósito, ¿está visible la señorita?
LOR. Debe de estar enterándose del correo. Ha tenido un paquete así de cartas. ¿Quiere usted que pase recado?
PAB. Sí; hazme el favor. O si no, espera; desearía hacerte algunas preguntas.
LOR. Las que usted quiera

PAB. ¿Tú sabes si doña Conchita ha decidido de verdad pasar en este pueblo el resto de su vida?

LOR. Eso dice ella. ¿Por qué lo quería usted saber?

PAB. Porque si su resolución fuera firme, tal vez la conviniera un amparo, un apoyo, un...

LOR. Sí; más claro, agua. Lo malo es una cosa.

PAB. ¿Cuál?

LOR. Que á la señorita no sé si lè gustará mucho que la llamen en el pueblo la señora maestra... Aquí viene la señorita Soledad. (Viéndola venir por el jardín.)

ESCENA X

DICHOS, SOLEDAD. En seguida, ANTONIO

SOL. Ya me figuraba que estaba usted aquí. En casa podía haberle esperado hasta la noche.

PAB. Vine aquí desde la escuela.

SOL. (Entra en escena.) ¿A que no sabe usted quién viene detrás de mí?

PAB. No caigo.

SOL. ¡Antoñito!

PAB. ¡Hombre! ¿Ha venido Antoñito?

SOL. Sí; aparecía en la esquina cuando yo llegaba á la verja. ¿Ve usted cómo ha vuelto?

PAB. Me alegro, me alegro de haberme equivocado. ¡A ver si á un tiempo se nos arregla todo!

LOR. Voy á avisar á la señorita. (Vase por la derecha, á tiempo que aparece Antonio por la izquierda.)

SOL. ¡Ahí está!

ANT. ¿Se puede?

PAB. ¡No se ha de poder, hombre! ¡Venga usted acá! (Abrazándole.) Ya, ya sabemos que sube usted como la espuma.

ANT. Sí; voy teniendo suerte. (Acercándose á Soledad y saludándola muy cariñoso.) Soledad, no sabe usted la satisfacción que me produce el encuentro.

SOL. Y á mí... ¡y eso que es usted un ingrato!

ANT. ¿Por qué? ¿Porque cree usted que no me he acordado de ustedes? ¡Todos los días y á todas horas! Pero la labor dura, el ajetreo constante... ¡aquel hervidero que lo consume todo!... Cuando se quiere ir hacia arriba, ni un solo momento se puede separar las manos de la escala, porque en seguida caen sobre ella otras manos.

SOL. ¡Y qué triste debe de ser eso, sin amistad y sin cariño!...

ANT. Sin amistad... acaso; pero sin cariño, sin amor... ¿quién se lo ha dicho á usted?

PAB. (Procurando hacerse el distraido.) Y el caso es que por aquí no hay carteles

SOL. Usted mismo lo ha dicho... y lo prueba.

ANT. (Muy meloso.) Me ofende usted sin querer, Solita. ¿Usted qué sabe? ¿Y si fuera el amor el que sirve de acicate en las horas de desaliento, y de sostén en los momentos difíciles?

SOL. ¿De veras?

PAB. «Al pintarte el amor que por ti siento
suelo mentir, pero no sé que miento.»
(Habrá que cortar la conversación, para que la pobrecita no caiga de muy alto.) ¡Vaya con Antoñito! Y... ¿cómo es que ha venido usted á parar á esta casa?

ANT. A buscar á Federico. No he podido encontrarle por ninguna parte, y en todas me han dicho que estaría aquí seguramente.

SOL. Pues no tardará en venir, porque doña Concha le ha dado un encargo.

ANT. ¿Un encargo? ¿Cuál?

SOL. Una madeja de algodón para el encaje inglés que yo la enseño.

ANT. ¡Cómo! ¿Algodón para encaje? ¡Y le parecía una fruslería la presidencia del Consejo de Ministros!

PAB. Y... ¿está usted decidido á llevárselo esta vez?

ANT. Decidido, pero falta que pueda.

Pab. Haga usted un poder, como dice el vulgo, porque á usted, que tiene talento, no se le ocultará que su prolongada estancia en el pueblo le perjudica grandemente.

Sol. A él y á mi tío.

Pab. ¡Niña!

Sol. Pero al menos, estará usted unos cuantos días con nosotros.

Ant. Imposible; tengo que salir hoy mismo. He recorrido ya una porción de pueblos; sólo me falta hablar aquí cuatro palabras con el alcalde, y, en seguida, allá, á dar cuenta de mis gestiones.

Pab. ¿Qué han sido favorables?

Ant. Del todo. Sacaré á mi candidato en las próximas elecciones... y me sacaré á mi mismo en las siguientes. Ya dejo preparado el terreno.

Sol. ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre de prisa!

Lor. (Saliendo por la derecha.) La señorita que no sale porque no ha concluído, pero que pasen ustedes.

Pab. Sí, sí; vamos allá ¿Entra usted, Antoñito?

Ant. Yo no; me entretendría demasiado. Volveré luego á cazar á Federico.

Sol. Y... ¿por qué no deja usted el viaje para mañana?

Ant. Lo siento yo mucho más que usted, pero... ¡es imposible!

Sol. ¡Qué lástima! Pero ¿nos volveremos á ver antes de la marcha?

Ant. Eso, seguramente. (Vanse por la derecha Soledad y don Pablo. Antonio detiene á Lorenza, que va á marcharse por la izquierda.)

ESCENA XI

ANTONIO, LORENZA

Ant. Oiga usted, joven; usted me va á hacer un favor, ¿verdad?

Lor. El que usted pida.

ANT. El que yo pida no, porque puedo pedir algún disparate.

LOR. Es un decir, como usted comprende.

ANT. Bueno, pues cuando venga el señorito Federico, á quien supongo que usted conoce...

LOR. ¡Anda! De sobra.

ANT. Le dice usted que espere, que vendrá á buscarle aquí su hermano.

LOR. ¡Cómo! pero ¿usted es hermano del señorito Federico? No se parecen ustedes en nada.

ANT. Absolutamente en nada pero yo le aseguro á usted que somos hermanos. Con que... que vuelvo en seguida, ¿eh?

LOR. Sí, señor.

ANT. ¡Ah! Si no tiene usted inconveniente, yo desearía saber una cosa de que usted debe estar enterada.

LOR. Usted dirá. (Preguntón ha amanecido el día.)

ANT. ¿Usted sabe si Federico está enamorado de doña Conchita?

LOR. Por lo menos lo parece.

ANT. Y la señorita ¿qué?

LOR. Pues á la señorita, como usted comprende, no es tan fácil entenderla. Unas veces lo parece... otras veces no lo parece...

ANT. Sí, vamos; el tira y afloja, que es lo más peligroso.

LOR. Pero él se lo explicará á usted mejor, porque aquí viene.

ANT. ¡Cuánto me alegro!

LOR. ¿Quiere usted que avise á la señorita?

ANT. No; no avise usted á nadie. (Vase Lorenza por la izquierda y entra Federico por el mismo lado.)

ESCENA XII

ANTONIO, FEDERICO

FED. ¡Antoñito! (Se abrazan.)

ANT. ¿No me esperabas?

FED. Sí, aunque no tan pronto. Pero ¿cómo es que estás aquí, en esta casa?

ANT. Pues porque, por lo visto, la has tomado como si fuera tuya.

FED. ¡Adiós! Acabas de llegar y ya has hecho caso de habladurías de comadres.

ANT. ¿Habladurías, eh? Saca la madeja.

FED. ¿Cómo la madeja?

ANT. Sí, hombre, sí; la madejita de algodón que traes en el bolsillo.

FED. ¡Ah! ¿Te han ido con el cuento?

ANT. Aunque no me lo hubiera dicho nadie lo habría adivinado yo. Al hombre que está preocupado con el encaje inglés se le conoce en la cara.

FED. Déjate de bromas. Ya comprenderás que ha sido un compromiso ineludible.

ANT. No tienes que jurarlo; todos esos compromisos de la costura son ineludibles. Lo que siento es que no te hayas atrevido á decirme la verdadera causa de tu estancamiento, y te me hayas puesto enfermo tantas veces. ¡No faltaba más sino que, por venir á cuidarte, me hubieras cortado la carrera!

FED. Te equivocas, porque te he dicho la verdad; primero las intermitentes, luego la escritura del majuelo...

ANT. No; si de las intermitentes ya estoy enterado. Ya sé que unas veces la encuentras arisca y otras suave como un guante... ¡Y eso es lo que te ha perdido! ¿Quieres que te diga una cosa?

FED. ¿Cuál?

ANT. Que si llegas á estar en el pellejo de Cristóbal Colón y te encuentras una mujer en el puerto de Palos... á estas horas estaría sin descubrir América.

FED. ¡No digas tonterías!

ANT. Sí, hombre, sí; porque hubieras ido dejando para otro día el embarque y se hubiera hartado Isabel la Católica.

FED. Bueno, ¿quieres dejar ese tono de chunga? ¿O es que no has venido más que á recriminarme sin fundamento?

ANT. De ninguna manera. Soy el hermano menor y no tengo derecho: he venido á llevarte conmigo, como te decía en mi última carta, porque me estás haciendo quedar mal con una porción de gente.

FED. ¿Yo? ¿Por qué?

ANT. Pues porque he hablado de tí; porque te esperan, y ya comprenderás que no es lo mismo enseñar unas cuartillas y decir: «esto es lo que ha escrito un señorito de pueblo», que presentarse con un hombre y anunciar: «he aquí el genio, que viene á deslumbrarles á ustedes con sus resplandores prodigiosos.»

FED. ¡Qué exageración!

ANT. La misma que tú empleabas antes. Pero es preciso que vayas, que te vean, que no descanses;... en una palabra, que cuides de tu huerto, porque las puertas de la gloria tienen los goznes duros, y no sirve empujar por delegación; hay que arrimar el hombro personalmente. Yo te aseguro que, aunque llegaras á escribir aquí *La vida es sueño*... lo probable es que tuvieras que guardártela.

FED. ¡Qué verbosidad! ¡Ya se conoce que vas para orador parlamentario!

ANT. Voy... ¡y llegaré! En cambio tú no irás á ninguna parte, porque se te enredarán los pies en la madeja que traes en el bolsillo.

FED. Pues, bien, te equivocas. Y la prueba la vas á tener muy pronto, porque, por mi suerte, has llegado en el momento oportuno.

ANT. ¡Ojalá!

FED. Te lo aseguro formalmente. Confieso que estuve mucho tiempo indeciso, vacilante; pero ya empezaba yo á ver claro cuando tú has venido á quitarme la venda de los ojos. Puedes estar tranquilo; forzaré personalmente las puertas de la gloria.

ANT. ¿Lo dices de veras?

FED. Tan de veras que estoy á tus órdenes. ¿Cuándo nos vamos?

ANT. Ahora mismo.

FED. Pues bien; ahora mismo. Un minuto para despedirme y...

ANT. ¡No! Sin despedirte siquiera. También yo se lo he prometido á Soledad y me marcho

FED. Pero, hombre, dejar el recuerdo de una grosería...

ANT. Lo borras en cuanto llegues con una carta llena de piropos.

FED. Además, ya sabes que tengo que cumplir un encargo.

ANT. ¡Ah! ¡la madeja! ¿Ves cómo la dichosa madeja es un grillete? Pero también vamos á romperlo... (Llamando.) ¡Muchacha!... ¡Joven!... ¿Cómo se llama la doncella?

FED. ¿Qué vas á hacer?

ANT. ¿Yo? Nada. Tú eres el que la va á dar el algodón para que se lo entregue á su señora. De ella es de quien debe recibirlo, porque no está bien que tu mano esgrima ora la pluma, ora la rueca...

ESCENA XIII

DICHOS. CONCHA, que sale por la derecha.

CONC. Federico, ¿era usted el que llamaba? ¡Ah, caballero!...

FED. Yo no. (Presentándole) Mi hermano Antonio.

CONC. Ya tenía el gusto de conocerle.

ANT. Es verdad; nos presentaron en la estación... el día en que perdió el tren Federico.

CONC. Casi por culpa mía. Y á propósito, felicito á usted por sus triunfos en la corte.

ANT. No son míos, señora, sino de la casualidad y la constancia.

CONC. Y como la constancia es de usted... usted es el que debe recibir los plácemes.

ANT. Gracias... (¡Vaya si la mujer es de peligro!)

CONC. Celebro la oportunidad de su llegada, por hoy reuno en mi mesa á los buenos amigos, y espero que la honrarán ustedes.

ANT. (Precipitándose á contestar.) Agradecemos la invitación, pero no podemos aceptarla porque... nos marchamos del pueblo, señora.

CONC. Ya me lo había dicho su hermano. Pero... ¿inmediatamente?

ANT. En cuanto yo haga una visita de que no puedo prescindir. Cuestión de un cuarto de hora.

CONC. Nada digo entonces. Pero Federico no necesita acompañar á usted, supongo.

ANT. No; efectivamente.

CONC. Pues puede esperarle á usted aquí, si no hay ninguna razón que se lo impida. Porque... la verdad: en él esta marcha precipitada, después de tanto tiempo de confianza y de intimidad... parece una fuga.

FED. ¡Ah, no! ¡Eso no!

CONC. No aseguro que lo sea, sino que lo parece. Y cualquiera diría que no se va por su propia voluntad, sino por miedo.

ANT. ¿Miedo? ¿A qué?

CONC. ¿Qué sé yo? A que yo le recrimine, á que le detenga... Figúrese usted, joven, que su señor hermano, después de amenizarme este destierro con una amistad que ha llegado á parecer otra cosa, suspendió hace tres ó cuatro días sus visitas, y de pronto se me presenta para anunciarme, sin más explicaciones, que vamos á separarnos para siempre. ¿No tiene eso visos de ingratitud y de descortesía, por no decir algo más grave?

FED. ¡Cómo! pero ¿de veras puede usted pensar? Tiene usted razón; esperaré aquí á Antonio.

ANT. (¡Desdichado! ¡qué te pierdes!)

FED. (Descuida.)

ANT. En ese caso... volveré luego á recogerle.

FED. Con la seguridad de que he de acompañarte.

ANT. Así lo espero. Señora...

CONC. Por aquí. La doncella le guiará hasta la puerta.

ANT. No es necesario .Hasta luego. (Vase por la izquierda)

ESCENA XIII

CONCHA, FEDERICO

CONC. Ya comprenderá usted que la explicación que he tenido que dar para detenerle no ha sido más que un pretexto.

FED. Sí, lo comprendo, y ¿para qué?

CONC. Para no ponerle en ridículo delante de su hermano.

FED. ¿Cómo?

CONC. Devolviéndole estas cuartillas en su presencia. Se burlaría mucho, y con razón, si supiera que había usted caído en la candidez de someter una obra de arte al juicio de una pobre mujer que no entiende jota. Ahí tiene usted su comedia y ya puede usted seguirle. Todavía le alcanza. (Le entrega los papeles, el otro los recibe como un autómata y se queda de una pieza, mientras Concha da media vuelta para marcharse por donde vino.)

FED. Pero... ¡oiga usted! ¿De veras no era más que por esto por lo que?...

CONC. ¿Por qué otra cosa había de ser? ¡Ay! es verdad, pero como el otro asunto no tiene importancia... También quería saber, sin que se enterara Antonio, si había usted cumplido mi encargo en la tienda.

FED. Sí, señora; aquí lo tiene usted. (Le entrega un paquete.)

CONC. (Dejándolo sobre un mueble.) Muchísimas gracias, y buen viaje. (Medio mutis.)

FED. Perdone usted. Antes quisiera decirla una cosa.

CONC. ¿Otro secreto como el de antaño?

FED. No; no es lo mismo.

CONC. Pues... usted dirá.

FED. ¿Querrá usted creer que la devolución de este manuscrito así, como quien devuelve el saludo, es lo que más me duele?

CONC. ¿Por qué? ¿No me había usted dicho que le entregara sus armas?

FED. Sí; pero... usted no sabe que el desprecio que se hace á una obra... se hace al alma del artista... Usted no demostró jamás el menor interés por lo que yo hubiera escrito; lo que prueba que el que yo creí que la inspiraba era falso.

CONC. ¡Ah! ¿y á eso obedecía tal vez la incomodidad que usted no quería confesarme? De modo que si yo me hubiera apresurado á enterarme de la comedia, ¿usted hubiera visto en ello una prueba decisiva de simpatía y de amistad?

FED. Conociendo, como conocía usted, mi afán y mis deseos .. ¡de algo más acaso!

CONC. ¿Hasta de amor?

FED. Sí, de amor; ya que no quiso usted jamás demostrármelo de otro modo claramente.

CONC. ¡Qué lástima! A haberlo sabido...

FED. ¿Qué?

CONC. No sé, no sé. Lo hubiera pensado seriamente. Pero, en fin, ¿qué se le ha de hacer? Ya no tiene remedio.

FED. Claro que no tiene remedio.

CONC. Porque, como le dije á usted antes, ni el consuelo me queda de presenciar una representación, á no ser que la traiga por acá alguna compañía de la legua...

FED. Pero ¿es que no saldrá usted de aquí nunca?

CONC. Nunca. El espejuelo que á usted le atrae, á mí me rechaza... Y así como usted ha resuelto marcharse, yo he decidido quedarme á cuidar mis haciendas.

FED. ¡Usted!

CONC. No sola, naturalmente, ¿yo que entiendo de eso? Sino aconsejada y defendida por un hombre formal, digno, respetable, cariñoso...

FED. ¿Qué quiere usted decir?

CONC. Pues... eso. . que hay un hombre respetable, formal y digno, que me llevará al altar en cuanto yo se lo indique discretamente.

FED. ¡Vaya! Usted quiere despedirme con una broma.

CONC. ¡Ah! ¿me ofende usted dudando? ¡Pues va usted á convencerse en seguida! (Acercándose á la derecha y llamándo.) ¡Soledad! ¡Don Pablo! Hagan ustedes el favor de salir, que está aquí Federico y quiere despedirse.

FED. ¡Cómo! ¿Pero don Pablo?

CONC. ¡Qué! ¿no le parece á usted buena proporción para una mujer de mis condiciones?

FED. (¡Esto ya es demasiado!)

ESCENA XIV

DICHOS, SOLEDAD, DON PABLO, que salen por la derecha.

PAB. Vaya, vaya; con que por fin...

FED. Sí, señor; por fin... así parece.

PAB. Pues, mire usted; me alegro de que esta vez vaya de veras, porque aqui, en confianza, estaba usted tirando por la ventana un porvenir brillante.

SOL. ¿Y Antonio? ¿No vendrá á despedirse?

FED. Dentro de un momento.

SOL. Pero, ¿tanta prisa corre?

CONC. Tanta, que ni siquiera han querido quedarse á comer con nosotros.

PAB. (Aparte á él.) La verdad, yo creí que Conchita...

FED. Pues ya ve usted, es ella la que acabará por echarme.

SOL. (Aparte á Concha.) Pero ¿de verdad le deja usted que se vaya?

CONC. No sé; no lo he pensado todavia. ¿Y Antoñito?

SOL. ¡Ay! ¡si pudiera usted detenérmele!

CONC. ¿Siguió usted mis consejos?

SOL. Pues es verdad que se me olvidó, ¡qué tonta!

CONC. Con que, si ustedes quieren, saldremos por el jardín y despediremos á Federico con toda solemnidad en la verja.

PAB. Como usted disponga.

CONC. Sí, sí; vamos allá. Y de paso veremos la planta de crisantemos que me ha regalado don Rufino, ya que el pobre no pudo darme la sorpresa.

FED. Estoy á sus órdenes.

CONC. Don Pablo, ¿quiere usted darme el brazo?

PAB. ¿No he de querer, señora? ¡Si no he soñado una felicidad más grande en mi vida!

CONC. (Apoyándose en el brazo de don Pablo y abriendo la puerta de la galería.) Pues, andando, andando.

FED. (Sin poderse contener.) Un momento.

CONC. ¿Qué pasa?

FED. Que... creo que llegan doña Martina y su marido.

CONC. (Soltando el brazo de don Pablo y volviendo á cerrar la puerta.) ¡Cómo! ¿los dos juntos?

PAB. (¡Y con la oportunidad del demonio!) (Aparecen por la puerta de la izquierda, de bracero, don Rufino y doña Martina.)

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA MARTINA, DON RUFINO

MART. Sí, señora, sí; los dos juntos, y como dos tortolitos, por añadidura.

PAB. ¡Que sea enhorabuena, don Rufino!

RUF. No hay de qué, don Pablo.

CONC. ¡Por lo visto, hoy es un gran día!

MART. Es que .. verá usté, señora; lo he pensado mejor, y como usted le echó antes de mala manera, se me figura que él se había de ingeniar para volver todos los días á hacer las paces.

CONC. De seguro.

MART. Por eso hemos convenido en que, puesto que él no lo puede remediar y tiene que venir... pues... para no dar que hablar á la gente, vendrá siempre conmigo.

CONC. (No es tonta la señora ésta, no.)

MART. Y así nos ahorramos disgustos y usted estará más entretenida. Digo, si á usted no la molesta.

CONC. Al contrario. ¡No sabe usted cuánto me alegro! Y, para celebrar tan acertada determinación, hoy almorzarán ustedes conmigo.

MART. Señora... Da las gracias, hombre.

RUF. Ya lo ha oído usted; muchas gracias.

CONC. En cuanto despidamos á este caballero nos sentaremos á la mesa.

MART. ¡Ah! es verdad que se va el pollo.

FED. Efectivamente.

CONC Se empeña en irse á Madrid... á pesar de mis consejos, porque, desgraciadamente, no hará fortuna.

FED. ¡Ah! Usted supone.

CONC. Más que suponer, estoy segura. Para triunfar en arte, lo primero que hay que tener es alma de artista, y usted, aunque se figure otra cosa...

FED. No la tengo.

CONC. Ni soñarlo siquiera. Los artistas verdaderos se enamoran de sus creaciones, aspiran á que comprenda sus bellezas todo el mundo, gozan y se recrean en el elogio y la admiración de los profanos... Y Federico es al revés, oculta cuidadosamente su tesoro y me niega el placer de saborear anticipadamente su obra maestra, á pesar del vivísimo interés con que se lo suplico.

FED. ¡Cómo! ¿qué dice usted?

CONC. Eso; que tengo un interés verdadero y profundo en conocer esa comedia. ¿No me ha entendido usted todavía?

FED. Léalo usted en mis ojos.

PAB. (A Soledad) ¿Qué querrá decir esto?

SOL. (A él.) Que vaya usted perdiendo las ilusiones, tío.

MART. (A Rufino.) Ya comprenderás que ése se queda.

RUF. (A ella.) Y yo creo que nos debíamos marchar, porque me va á hacer daño la comida.

FED. La leerá usted cuando quiera. ¡Ahora mismo!

ONC. ¿Yo? ¡Qué disparate! Sólo el autor sabe dar el verdadero matiz á lo que escribe... Quiero que sea usted quien me la lea, pero más adelante, más tranquilo; cuando pueda usted dar á cada frase la expresión necesaria... ¿Qué dice usted?

FED. Digo... lo que antes don Pablo. ¡Que no soñé felicidad más grande en mi vida! (Contemplándola embelesado la acaricia instintivamente una mano, que ella le abandona. En este momento aparece Antonio en la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS y ANTONIO

ANT. Federico, cuando quieras. Ha llegado la hora.

FED. Un momento. Necesito explicarte...

ANT. Basta. No tienes que explicarme nada. Me voy yo solo. ¡Ya se hartó Isabel la Católica!

CONC. ¡Cómo! Pero ¿no puede usted esperar unos minutos? Siquiera para saludar al pretendiente de Soledad, que va á llegar de un momento á otro.

SOL. (¡Se empeñó!)

PAB. ¡Soledad! ¿Qué dice?

ANT. ¡Qué! Pero... ¿es que Soledad tiene un pretendiente?

CONC. ¿No lo sabía usted? El hijo del notario. No se ha decidido nada todavía, pero...

PAB. (A Soledad.) ¡Y te lo tenías tan callado!

SOL. (A él.) No lo crea usted, tío.

ANT. Pues... no me parece mal partido... Es formal, trabajador... Yo la aconsejaría que se decidiera... ¡La realidad desbarata los sueños!

SOL. (¡Dios mío! ¡Ni aun así!)

ANT. Hasta la vuelta, señores. Un abrazo, Federico. (Se abrazan.) ¡Ah, hermano, hermano! ¡Y eras tú el que pretendía forzar con los puños las puertas de la gloria!

FED. Y... ¿quién te ha dicho á ti que la gloria no es ésta?

PAB. (A Soledad, que gimotea en silencio.) Nada, que no sabes detenerle. Y en cambio, ya lo ves; doña Conchita, que no quiere sujetar á nadie, nos sujeta á todos.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música de maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harém, cuento de damás, con adornos musicales del maestro Calleja

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa,

Precio: 1,50 pesetas.